

# UNA AURORA SONRIENTE



SUSANA SÁNCHEZ



Susana Sánchez

# Una Aurora Sonriente

**ePUB v1.0**  
**SMAGX01.12.15**

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

*<<No se trata tanto de viajar como de partir. ¿Quién entre nosotros no tiene algún dolor que superar o algún yugo que someter?>>*  
George Sand, "Un Invierno en Mallorca"

## SENTIR

Todas las rosas blancas hundiéndose en el mar en el que un día nos besábamos. Víctor estaba delante de mí anunciándome con una maleta en las manos, que había decidido darse un tiempo para pensar y que era mejor cancelar la boda "por el momento". Hablaba con una frialdad que evidenciaba lo poco que había significado para él todo aquello y yo únicamente podía pensar en las rosas blancas hundiéndose poco a poco y llevándose con ellas los últimos diez años de mi vida.

Quería gritarle, despertarle, hacer reaparecer al Víctor que hasta hacía algunos meses era el hombre de mi vida, pero ¿cómo acercarte a un cuerpo que ya no reconoce tus caricias? ¿Qué valor tienen las experiencias compartidas cuando uno de los dos las ha olvidado?

Me obligo a dejar de pensar en el pasado; quiero poner el primer pie en la isla con una actitud positiva así que cojo la maleta y la correa de Bruno, que me mira fijamente con sus ojos saltones de pug, y me dispongo a enfrentar una nueva etapa. Mallorca nos da la bienvenida con un abrazo denso, pesado y pegajoso, como el de un niño después de comer una piruleta, como la niña que era yo la última vez que estuve aquí.

Andrea Doria 15: el funeral de los abuelos, los muebles que pertenecen a los años felices en la casa del pueblo y que ahora están aquí, desubicados, amontonados, porque el lugar donde deben estar no es este sino otro y por mucho que se les reubique no conseguirán dar una sensación armoniosa; recuerdos, reproches, anhelos, realidad y fantasías infantiles me abordan al abrir la puerta del piso. Diez años sin que nadie de la familia lo haya pisado y todo sigue como el día del entierro; supongo que mamá se habrá encargado de que todo siguiese en orden, manteniendo de alguna manera intacto el espíritu de los abuelos.

Todavía hay algo de tristeza en las paredes, de la que dejamos encerrada tras el ruido de llaves diez años atrás, algo de esa tristeza mezclada con ausencia, con el aliento frío de las casas que hace tiempo estuvieron habitadas y que han ido perdiendo su candor en cada partida; pero también quedan sonrisas; las de mi abuelo mirando a mi abuela desde el balcón del comedor; y canciones, las de mi abuela mientras paseaba por toda la casa siempre ocupada en alguna tarea que no podía esperar; incluso me ha sorprendido un beso, no lo recordaba y me resulta irónico hacerlo ahora, el beso de mi vecino Julio en este mismo balcón.

Recorro la casa inhalando recuerdos, explorando vivencias en cada habitación, como cuando los niños se cuelan en el trastero y rescatan del olvido sus juguetes viejos.

En la habitación grande del fondo y en el comedor están los muebles que mamá se trajo del pueblo porque según ella estarían más protegidos aquí que en Salinas donde la humedad de la casa deshabitada acabaría con ellos en pocos meses; son algunos de sus regalos de boda; una cama de madera barnizada que todavía está reluciente, bastante alta, aunque no tanto como me parecía de pequeña, con un armario de tres puertas y un tocador a juego, invaden la estancia y dejan el espacio justo para pasar entre ellos. En el comedor, una regia mesa con sus sillas, que siempre me parecieron pequeños troncos de madera, por sus respaldos altos y los acabados imitando patas de león. Debajo de esa mesa me escondía de mi hermana cuando nos peleábamos; ahora es Bruno quien ha encontrado un nuevo escondite y descansa tranquilo, refrescándose por el contacto con las baldosas.

En este piso pasé mi último verano con ellos; solo fuimos al pueblo los fines de semana

porque la casa necesitaba algunos arreglos y era más cómodo el piso de Palma, que hasta el momento habían tenido cerrado. Creo que aquí vivieron mis padres hasta que se trasladaron a Barcelona definitivamente. La abuela tenía muchas ganas de volver a Salinas, recuerdo que nos habló mucho de cómo iba a quedar todo con los arreglos y de que haríamos una gran fiesta en Navidades para celebrarlo; al final nada de eso se cumplió; ni siquiera sé si se acabaron las obras. Solo mamá, eficiente como ninguna, se dedicó en cuerpo y alma a cada detalle con tal de no hacer frente a su dolor.

En el aparador todavía hay fotos de mis padres y de mi hermana y yo de pequeñas y también algunas de mis abuelos. ¡Dios mío qué jóvenes!

Abro las cortinas y el sol entra triunfante reflejándose en el espejo del aparador y haciendo que todo parezca más luminoso: mi futuro e incluso mi pasado.

## CADAQUÉS

Todavía estoy despertándome; la habitación huele al pan recién hecho de la panadería de abajo y por fin algo de aire fresco entra por la ventana, y una mañana más al abrir los ojos me invade un torrente de mal humor, de ira descontrolada que hace que me sienta de un salto en la cama y maldiga mentalmente al mundo, a Víctor, a la luz de la mañana, que me recuerda que hay gente ahí fuera que es feliz, que ríe y se ama, mientras yo estoy sola en una habitación maldiciendo mentalmente a todo lo que me rodea, porque ni siquiera tengo el valor necesario para gritar y deshacerme con un alarido, de toda esa rabia. Después, me encuentro con Bruno, sentado a mi lado, con su mirada fija en mí, mientras mueve su cabecita de un lado a otro intentando dar significado a mis gestos, y entonces, como cada mañana, me siento culpable por maldecir al mundo. Porque no puedo borrar las cosas buenas que sí hay en mi vida, porque con Bruno resucita cada mañana toda la ternura que Víctor mató; porque unida a la imagen de Bruno y a su ternura, está mi hermana y a ella no puedo fallarle.

Por un momento antes de abrir los ojos he pensado que estaba en Cadaqués, que el pan recién hecho era el desayuno que Marisa nos preparaba cada mañana y que Víctor me estaría esperando en el embarcadero, que como de costumbre, se había levantado demasiado temprano y no sabe quedarse mucho tiempo en el mismo sitio; y que al abrir los ojos vería de nuevo las vigas azules que veía cada verano desde que le conocí; pensaba que aquella felicidad nunca se había acabado; no me gustan los cambios, ni siquiera los planificados, y las personas que más he querido se han esfumado sin explicación alguna. Nos vamos un verano, con la certeza de que en breve retomaremos la vida tal como la dejamos, como si nada importante pudiera pasar en nuestra ausencia, como si sin nosotros, esa realidad no estuviera completa; ni siquiera echamos una mirada atrás, ese último vistazo que nos mantiene unidos al recuerdo de lo que amamos. Después, cuando ya lo hemos perdido, luchamos por rescatar del olvido aquella última imagen, intentamos mantenerla intacta, porque las despedidas son un mero trámite cuando no sabemos que son para siempre y nosotros hubiéramos dicho tantas cosas...

La última vez que me despedí de Marisa y Pedro nada más lejos de mi pensamiento que el hecho de que no volvería a verlos; hacía diez años, prácticamente desde el primero de salir con Víctor, que pasaba quince días con ellos cada agosto. Conocí a Víctor unos seis meses después de perder a los abuelos y no me lo pensé a la hora de aceptar su invitación; sabía que mi hermana tenía planes con sus amigos y que como de costumbre los estaba posponiendo por mí, siempre hacía lo mismo, desde que éramos pequeñas; nos llevamos cinco años y se siente responsable de mí de una manera que va más allá del afecto fraternal. Recuerdo que cuando tenía seis años me rompí el brazo en el colegio; Carlota Estarellas y yo hacíamos una carrera escaleras abajo desde los pabellones de clases hacia la entrada y quería ganarla con todas mis fuerzas porque aquella Carlota era la niña más desesperante que he conocido nunca, era tan perfecta en todos los aspectos que por una vez quería ser yo la que ganara en algo, y la verdad es que gané la carrera, pero porque el último tramo lo hice volando y aterricé de bruces delante de la portera Esperanza (porque para los alumnos no era Esperanza a secas, sino todo junto e inseparable: "la portera Esperanza"), que recogió lo que quedaba de mí con su cara siempre impasible y preguntándome resignada el número de teléfono de mis padres. Cuando se comprobó que efectivamente aquel

crujido había sido mi brazo y que mi llanto estaba mas que justificado, se dispusieron a avisarles de que me llevaban a urgencias; pero recuerdo perfectamente que sequé el reguero de mocos que me caía por el labio superior y les dije con una serenidad que me extraña incluso a mi misma viéndolo ahora desde mis 28 años, que no se molestasen y que llamasen mejor a mi hermana. Cuando vi que no me hacían caso y que intentaban una y otra vez localizar a mis padres, entonces ya me desesperé y empecé a gritar ¡quiero a mi hermana, mi hermana! Y no paré hasta que la tuve enfrente de mí consolándome. Mis padres tardaron tres horas en llegar, los dos estaban en reuniones muy importantes.

No han sido malos padres; intentaban pasar con nosotras todo el tiempo que podían y era tiempo de calidad; es simplemente que entre mi hermana y yo había una unión más fuerte; sabíamos que siempre podíamos confiar la una en la otra y eso no pasaba con ellos.

Cadaqués se convirtió en mi nuevo refugio; el rincón donde olvidar mi mundo; no solo podía compartir todo el tiempo con Víctor, sino también con dos personas maravillosas: Marisa, su tía y su marido Pedro. Hubieran sido unos padres estupendos y sin embargo no podían tener hijos; aunque ejercían de padres con su sobrino. Los padres de Víctor tuvieron un divorcio complicado o por lo menos eso intuí yo, durante los años que estuvimos juntos, nunca me dieron demasiados detalles, pero Víctor resultó ser el fruto de algo que los dos hubieran preferido olvidar y poco a poco fueron dejándolo a cargo de sus tíos hasta que prácticamente se convirtieron en sus tutores legales; de hecho ni siquiera estaban invitados a la boda, no se hasta que punto ha debido afectarle esa extraña relación familiar, de hecho él se esfuerza por convencerse de que no le afectó mas allá de lo normal en un adolescente, pero después de los últimos acontecimientos yo no lo tengo tan claro.

Nuestros vacíos parecían mas pequeños compartidos y se volvían casi imperceptibles en aquel oasis que María y Pedro habían creado. Unos días después de la decisión de Víctor recibí una llamada de Marisa:

-¿Cómo estas?

-¿Qué quieres que te diga Marisa? Estoy mal; me gustaría dormir cien años y despertarme cuando ni siquiera yo me acordara de todo esto, pero ya sabes como están las cosas, dudo mucho que Víctor haga algo, así que encima me toca a mí avisar a todo el mundo; y lo peor de todo es que todavía tengo la esperanza de que haya sido un ataque de pánico, así que voy retrasando las llamadas cada día, no se, estoy cansada.

-Escucha, Pedro y yo nos vamos quince días, puedes instalarte en casa si quieres y cuando volvamos hablamos con calma; siempre decías que en Cadaqués la realidad se volvía más dulce ¿no? Todavía no he podido hablar con Víctor, me cogió el teléfono el otro día, pero se limitó a decirme que estaba bien y me colgó. Sabes que lo quiero como a un hijo, pero lo ha hecho todo muy mal; tu también eres como una hija, después de tantos años. Piénsate lo de venir por aquí. Le dejaré dicho a la señora Farré que pasarás a por la llave.

-Gracias Marisa, lo haré. Que tengáis buen viaje, gracias por llamar.

-Dice Pedro que te de un beso de su parte, nos tienes para lo que necesites; ya sabes que te queremos ¿verdad?

-Sí, yo también a vosotros. Un beso.

Cadaqués me ha sido arrebatado de nuevo esta mañana cuando al abrir los ojos me he descubierto en Palma y aunque el desasosiego matutino ha sido el de siempre, le ha seguido un sentimiento nuevo; este retorno a la infancia, al lugar donde me sentí amada y protegida, me llena de esperanza, de ganas de empezar a ser la que quiero ser, la que alguna vez fui y olvide por el camino, la que siempre pude haber sido y no fui.

Muchas veces he pensado qué me hubiera dicho la abuela, si le habría gustado Víctor o no, qué consejos me hubiera dado de haber estado viva; me hubiera gustado poder hablar con ella como mujer adulta, pero solo recuerdo los consejos que le dio a una niña que empezaba a vivir y aunque quizás esos consejos sean los más importantes, me gustaría volver a oírlos de su voz. Tenía 18 años cuando mis abuelos tuvieron el accidente; me despedí de ellos con lágrimas como cada verano, pero sabiendo que los vería pronto y comentaríamos cómo había sido mi entrada en la universidad. "acuérdate de llevar siempre en el bolsillo unas hojitas de laurel y no te olvides de llamarnos que no podremos aguantar un mes en ascuas"; por supuesto que los llamamos, pero no volvimos a pasar un verano como aquel.

Siempre fueron ellos, es la suya la imagen que evoca mi mente cuando pienso en la felicidad; quiero pensar que son ellos los que me han traído aquí. No sé si me estaré volviendo loca, pero necesitaba estar más cerca de ellos, como si pudiera sentirlos más cerca viviendo donde ellos durmieron, tocando sus cosas, resucitando los momentos a su lado, y espero que buceando un poco en la que fue su vida, su felicidad, me ayuden a sentir que también yo puedo serlo. Ni siquiera mi hermana lo entendió; todos me dijeron que estaba loca, que aquí solo encontraría un par de casas viejas y al final la soledad lo empeoraría todo, pero aquí estoy.

Los visillos se mueven perezosos al son del murmullo de la calle y algunos rayos de sol comienzan a colarse por la persiana; me quedaría aquí tumbada todo el día, boca arriba en la cama, revisando mis recuerdos sobre la escayola blanca del techo; realmente la isla tiene algo hipnótico, algo apaciguador, que traspasa muros y huesos y se te cuela dentro; pero tengo que levantarme, hay que pasear a Bruno y hacer algunas compras y llevados por el deber, mis pies parecen cobrar vida propia y me llevan hasta la ducha; Bruno se acomoda en la puerta del baño todavía un poco amodorrado y decide seguir durmiendo un rato más, sabe que esto va para largo. No consigo recordar el momento exacto en el que la ducha por la mañana, se convirtió en un ritual indispensable, supongo que fue en el mismo momento en que vivir empezó a ser demasiado difícil, en el mismo momento en que dejé de cantar. Cantaba cualquier cosa, solo se me oía cantar en la ducha porque no lo hago precisamente bien y una tiene el sentido del ridículo muy desarrollado; pero abría el agua y empezaba a cantar a voz en grito; por las mañanas escuchaba la radio, una de esas emisoras de radio fórmula que siempre ponía las mismas canciones a las mismas horas y por las noches prefería cantar sola lo primero que me venía a la cabeza, dejando que la tensión del día desapareciera entre las notas desafinadas. Ahora ya no canto, el agua arrastra los pensamientos demasiado oscuros como para salir a la luz del sol; me quedo un buen rato debajo de la alcachofa, sintiendo la presión del agua en la cabeza hasta que mi alma, o lo que queda de ella ha recibido los nutrientes suficientes como para enfrentar el mundo.

Pongo un pie en la calle y me suena el teléfono; es mi hermana, desde que me fui me llama por lo menos cuatro veces al día; a veces solo pregunta que estoy haciendo, algún comentario por lo general gracioso y hasta luego; la pobre quiere asegurarse de que todavía sigo cuerda y debo tenerla realmente inquieta, porque me llama para avisarme de que el tío Sebastián está en Palma y vive muy cerca del piso de los abuelos, así que no estaría de más pasar a saludarlo y hacernos un poco de compañía, me dice, acto seguido y después de comprobar que ese no era el mejor argumento añade que él es el que mejor me puede hablar de los abuelos, si es que esa idea todavía me obsesiona. De todas formas tenía pensado hacerle una visita, guardo muchos recuerdos del tío, y todos muy buenos.

## GASPAR

En el pueblo de Salinas se conocían todos, pero en aquella calle todos eran familia. Gaspar y Sebastián vivían casa con casa y justo enfrente vivía Julián con sus padres, que eran primos de los de los otros dos. Los tres tenían la misma edad, aunque el mayor era Sebastián y como tal, era considerado responsable de todas las tropelías del grupo, a pesar de que era Gaspar quien las proponía todas.

Pasaban la mayor parte del tiempo en la "possessió" de "Can Bunyol". Los padres de Julián eran los amos y allí transcurrían muchas de sus aventuras; casi siempre con los ruegos de Julián de fondo para que tuvieran cuidado de no romper nada o su madre se enfadaría mucho. Se colaban en la casa de los señores cuando las criadas entraban a limpiar y deambulaban por aquel lugar que les inspiraba curiosidad y miedo a la vez; avanzaban entre los bultos cubiertos por sábanas blancas que con la oscuridad que inundaba la gran casona creaban una estampa que daba escalofríos (aunque se cuidaban mucho de esconder sus miedos porque el primero en acobardarse sufría las burlas de los demás hasta la próxima expedición). No sabían muy bien a quien pertenecía todo aquello, porque rara vez veían a los señores, por eso quizás les atraía todavía más aquel universo oscuro y polvoriento parado en el tiempo a la espera de que alguien le infundiera vida de nuevo. Mientras tanto las criadas pasaban de vez en cuando el plumero sin esforzarse demasiado y ellos correteaban chocando con los muebles cuando eran descubiertos.

Cuando no andaban curioseando solían salir a jugar con Miquelet, el hijo del porquero. Cuantos más años cumple Gaspar, más se acuerda de aquellos tiempos; un niño con la cara redonda y los mofletes sonrosados que, pese a su aspecto angelical era mucho más astuto que Gaspar y sus amigos. Cuando estaban con Miquelet les encantaba ir a jugar a una charca llena de ranas; el hijo del porquero, que había nacido el día de San Pablo ponía saliva en un palo y cuando lo acercaban a la charca, los anfibios escapaban espantados. Todavía se ríe cuando recuerda lo mucho que les divertía verlo todo lleno de ranas saltando y croando. Aquel don de su amigo les tenía admirados y según pudieron comprobar en un par de ocasiones, también hacía huir a las serpientes. Años de pantalones cortos y calles todavía polvorientas, y ellos tres siempre juntos; corriendo siempre entre adultos, intentando descifrar los secretos que se empeñaban en ocultarles sin ningún éxito.

En la tienda servían el género a la "possessió" y Gaspar siempre se ofrecía a llevarlo; no le gustaba pasar mucho tiempo en casa; en la cocina siempre estaba la abuela Práxedes, la abuela materna, sentada junto al fuego, siempre de negro, con sus manos huesudas y blancas sujetando el bastón, dando golpecitos constantes en el suelo y buscándole con aquellos ojitos pequeños y diabólicos que lo paralizaban.

- Ven a sentarte conmigo Gaspar; has de escuchar lo que te dice tu abuela, basta de jugar y de perder el tiempo, es la letra lo que has de aprender, y el trabajo duro, si no... ¡Tú también te perderás! Te lo veo en la cara, que eres como mi Antonio. Tú no me engañas, pero ¡yo te llevaré por el buen camino!

Llegados a este punto ya había levantado la voz y la madre de Gaspar salía a buscarlo y lo apartaba de la vista de la abuela mientras le acariciaba con dulzura la cabeza, como limpiándole los restos de las palabras que la abuela seguía gritando desde la cocina.

El tío Antonio siempre fue un gran secreto y lo sigue siendo, porque Gaspar nunca

llegó a conocerlo. De él había en la casa dos retratos; estaban en la habitación de la abuela Práxedes y se las enseñaba a Gaspar cada dos por tres. Uno estaba hecho el día de su comunión y en el otro ya era mayor, vestido de traje. No se parecía a la abuela. Gaspar se grabó bien la cara de su tío en la memoria, pues hasta bien entrado en la adolescencia no perdió el miedo a que las profecías de la abuela se cumplieran y corriese el mismo destino oscuro que su tío ausente.

El Antonio del retrato era exagerado en todos sus rasgos; tenía la cara grande y redonda, con una gran papada que hacía desaparecer el cuello. La nariz también era corta y ancha y la boca, de labios gruesos, parecía que iba a salirse le de la propia cara. Sólo en los ojos se advertía algún resquicio de la abuela.

Por lo que Gaspar pudo averiguar con los años y los retazos de conversaciones que fue cazando,

el tío Antonio estudió con los curas en Palma y después ingresó en el seminario. Era el orgullo de la familia, pero sin previo aviso dejó el seminario y nunca más volvió al pueblo. De vez en cuando Gaspar veía a su madre salir del cuarto de la abuela con lágrimas en los ojos y entonces sabía que había estado mirando las fotos de su hermano y se le retorcía algo dentro sólo de pensar que podía hacerle sufrir de esa manera. Muchas veces piensa que quizás fuera verdad que la abuela veía algo en él que le recordaba a su hijo y no eran sólo las locuras de una anciana. Lo cierto es que la sombra de su tío desapareció con la abuela Práxedes y no volvió a acordarse de él hasta mucho tiempo después y muy lejos de allí.

Solo cuando se vio en el mar, dejando atrás para siempre la vida que había conocido, volvió a él la sombra de su tío y la imagen de su madre llorando frente a una fotografía, esta vez la suya. En ese momento comprendió que se había equivocado, pero ya solo le quedaba enfrentar el futuro y mantener controlado el dolor profundo que él mismo había infringido a su alma. No tuvo valor para despedirse de nadie, y tampoco tiempo para pensar en lo que suponía su huida. Ya no había marcha atrás, su futuro estaba ahora junto a Ana y tomó la decisión de ser feliz a su lado, de hacerla feliz, aunque una parte de él lloraría toda la vida por la familia que abandonaba en la isla.

## VÍCTOR

Por las tardes salgo a pasear con Bruno por el Paseo Marítimo; solo tengo que caminar calle abajo y allí me espera el mar engalanado de mástiles y gaviotas. Cuando el calor ya no aprieta tanto, el paseo está muy concurrido: gente que como yo pasea al perro, deportistas, turistas arreglados y perfumados que buscan un sitio para cenar... Me gusta observarlos; suelo sentarme en un banco de cara al mar que tiene un pequeño espacio de césped detrás, así Bruno puede entretenerse mientras yo me dedico a divagar; aunque la mayoría de las veces acaba sentado en el banco a mi lado y entonces me siento como una de esas ancianas que se sientan en los parques con sus perros, tan cansados y viejos como ellas, y se quedan allí con la mirada ausente simplemente pasando el tiempo. Precisamente por eso hoy me he fijado en una abuelita que estaba en el banco de al lado, ella sin perro; vestía muy bien y estaba muy bien maquillada, de joven debió de haber sido bastante guapa. Estaba sola, con la mirada perdida, como las de mis parques; he empezado a imaginar qué le ha debido llevar a esa situación; quizás tuvo un desengaño como yo, se fue aislando en su mundo, el tiempo fue pasando y cuando quiso darse cuenta ya era demasiado tarde para recuperar lo perdido. Quizás vivió un amor sublime junto al hombre de su vida y ahora que lo ha perdido vuelve cada tarde al lugar donde se juraron amor para siempre. Mis hipótesis son cada vez más elaboradas y cada vez más tristes hasta que veo acercarse a un grupo de abuelitas todas igual de arregladas que la mía, ¡vienen a recogerla! ¡Han quedado para cenar todas juntas, por lo visto lo hacen cada semana! Y se alejan entre risas dejándome atrás con mi melancolía. Últimamente esta tristeza mía me hace sentir cada vez más tonta.

Quizás todo hubiera sido más fácil si hubiera tenido al lado a mis amigas, si esto hubiera sucedido en otro momento. Conocí a Víctor en una fiesta universitaria y por aquel entonces las cosas eran muy distintas. Solíamos salir siempre las cuatro: Marta, Miriam, Sonia y yo; íbamos juntas a clase y lo sabíamos todo unas de otras. Por aquella época Sonia estaba loquita por un estudiante de Derecho, así que íbamos a todas las fiestas de esa facultad. Es difícil que se repitan amistades como las de la juventud, forjadas a golpe de descubrir la vida de la mano, de disfrutar las alegrías del otro y sufrir sus tristezas; quizás siempre tendría que ser así, pero creo que solo en esa etapa se comparte de verdad una amistad; y sin embargo ya casi ni nos vemos, cada una hizo su vida y ya no puedo decir quiénes son esas chicas que en otro tiempo conocía como a mí misma; puede que sean las mismas o puede que sean totalmente diferentes, depende del camino que hayan tomado; no creo que ellas me vieran igual que antes. Siempre me ha fascinado hasta qué punto se transforma la realidad cuando la pasamos por el filtro de la memoria; seguramente Víctor recordará las cosas de manera muy diferente, quizás lo vivió todo de manera diferente. Cuando todo terminó reviví una y otra vez nuestros comienzos, intentando ver alguna señal que anunciase que aquello no iba a salir bien, pero fue inútil, lo que recordaba era completamente bello. Me atormentó infinitamente que desapareciese y no me permitiera ni tan solo desahogarme, gastar por lo menos los recuerdos y desdibujar diez años a su lado, por eso le escribí muchas cartas, intentando que todo lo vivido pasase de mi mente al papel para poder empezar de nuevo; después las metía en un cajón bajo llave y rezaba para que todo lo escrito no volviera a mí, nunca.

*"¿Recuerdas nuestra primera cita? No fuimos muy originales a la hora de escoger el sitio: el Triangle, delante de la boca del ferrocarril, como todo el mundo. Estaba tan nerviosa que llegué demasiado pronto; la gente se saludaba y se despedía a mi alrededor, chicas arregladas y perfumadas, tan nerviosas como yo, a juzgar por como se recomponían la cazadora y el bolso después de subir las escaleras, chicos que miraban el reloj, amigas que se daban dos besos y entraban en el Triangle, seguramente de compras... Pensaba en lo poco que me gustaban las primeras citas; no es que fuera una experta en citas a mis diecinueve años, pero no me gustaban las cosas tan preparadas, me parecían artificiales, prefería que las cosas surgieran naturalmente y dejarme llevar, había salido con dos chicos hasta el momento y siempre había sido así, de hecho aquella era la primera de mis primeras citas y fue la última, sinceramente creo que pasará mucho tiempo si es que alguna vez hay alguna otra. No tardaste mucho en llegar y aunque querías disimularlo, también tú parecías nervioso.*

*-Hola- te plantaste delante de mí y me saludaste mientras me mirabas fijamente a los ojos. El juego había empezado; normalmente no me gustaban este tipo de juegos, pero había algo que me empujaba a entrar en éste y todavía hoy no sabría explicarlo. Por lo que pude averiguar tampoco era tu estilo, y con las chicas no te faltaban oportunidades, así que me provocaba un cierto recelo ese interés en mí revelado tan explícitamente; quizás porque con ese comienzo era más fácil dejar de gustarte tan rápidamente como empecé, así que decidí divertirme sin más, porque sospechaba que aquello no llevaría a ninguna parte más que a algunos buenos ratos.*

*-Hola- te sostuve la mirada mientras sonreía, me sentía ridícula y como siempre en estos casos decidí tomar la iniciativa para sentirme un poco mas segura.- Me sorprendió mucho tu llamada, la verdad, la otra noche casi no intercambiamos ni una palabra.*

*-Por eso te he llamado, me quedé con las ganas- (tocada y hundida); mientras tanto me habías hecho un gesto con la mano para que cruzásemos y caminábamos Ramblas abajo.-Han abierto un sitio nuevo aquí en el Raval, ¿te gusta el té?*

*-Sí, claro, ¿el Raval? Te imaginaba más del estilo de Paseo de Gracia.*

*-Me lo descubrió un amigo que estaba haciendo un documental sobre el Raval y me encantó.*

*-Hablando de amigos, tu amigo Lucas ¿Qué tal? Parece que les va muy bien a él y a Sonia ¿no?*

*-Por lo que sé les va genial, es muy buen tío. ¿No habrás aceptado la invitación para sacarme información?*

*-¡Pues claro que no! ¿Tú con qué clase de chicas te juntas? Sonia es muy capaz de cuidarse solita, solo es que me ha venido a la cabeza y al fin y al cabo nos conocimos gracias a ellos ¿no?*

*-Visto así... Estabas muy guapa la otra noche por cierto*

*-¡Por favor! ¿Sabes que no me fio nada de ti?*

*-¿No? ¿Y eso por qué?- mi confesión parecía hacerte mucha gracia, estabas como pez el agua.*

*-Porque no, no me inspiras confianza, algo escondes, ya lo descubriré*

*-Vaya, vaya, así que acostumbras a salir con tíos de los que no te fías*

*-No suelo fiarme de los tíos en general, a decir verdad.*

*Nos reímos y una vez enseñados los dientes firmamos una tregua momentánea justo cuando entrábamos en el local.*

*Era un café-restaurant tipo árabe. En la parte de delante del local había unas butacas y unos sofás con pufs y mesillas labradas para tomar el té y al fondo estaba la parte del restaurante, era un sitio oscuro, decorado con lámparas marroquíes y velas. Nos acomodamos en uno de los sofás y pedimos unos té de menta y unos dulces típicos que me recomendaste.*

-Lo que sí que te quería preguntar es una cosa sobre Lucas: Sonia asegura que tiene unas manías muy raras, dice que antes de dormirse, incluso estando en casa de ella, revisa que todas las puertas y armarios estén perfectamente cerrados porque si no lo están y lo ve desde la cama, tiene que levantarse a cerrarlos y que cuando van a comer fuera tiene un ritual indispensable con la servilleta y los cubiertos. Nosotras no nos lo creemos, pero ella insiste en que sí, que es verdad, ¡sácame de dudas anda!

-Mientras tragabas el último trozo de pastel de dátiles cogiste una servilleta y disimulaste una sonrisilla, era un gesto muy típico tuyo y ¡como me gustaba esa sonrisa de no puedo, pero por ser tú te lo contaré porque te va a gustar!-Esto no ha salido de mi boca, pero sí, completamente cierto, y no sabes la de cachondeo que ha tenido que soportar el pobre chico desde que empezamos la universidad; ahora ya nos hemos acostumbrado, pero se ha llevado lo suyo; dice que lo de los cajones empezó de niño, que tenía miedo a que saliera algo de los armarios y de detrás de las puertas y los cajones y que ahora evidentemente ya no tiene miedo, pero que si no lo hace no consigue dormirse; lo otro no recuerda como empezó, pero alguna vez que le hemos empujado a no seguir con la manía, ha acabado en vomitona y dice que eso es siempre así, o sea que está difícil que deje las manías.

-Bueno a Sonia no parecen molestarle así que todos contentos, ¡qué fuerte! ¡Nunca me lo hubiera creído! Estábamos segurísimas de que nos tomaba el pelo.

Aquí empezó una de esas cosas que hizo que me enamorara de ti; viste que el tema me divertía, así que me contaste que eso no era nada, que tenías un primo que tenía todas las manías del mundo y siempre le pasaban cosas desternillantes como consecuencia de esas manías:

-Tiene la firme convicción de que sólo puede cruzar por el paso de cebra cuando viene un coche y el otro día le atropelló una furgoneta que iba despistada, ¡menos mal que el tío es de hierro y solo se ha hecho un esguince! A pesar de todo sigue cruzando cuando ve acercarse un coche, si no se acerca ninguno se queda plantado mirando al vacío y muchas veces confiesa que va pensando "venga que llego tarde" pero es incapaz de cruzar (quizás también te pasó eso a ti, estabas paralizado sintiendo que ya no sentías nada y en cuanto viste acercarse un cambio reaccionaste y escapaste, lo malo es que yo no vi acercarse ningún coche).

Durante un buen tiempo me estuviste contando historias de tu primo Javi; Javi y sus historias, de hecho, fueron un tema recurrente en nuestras primeras citas; después de unas cuantas excentricidades me di cuenta de que era imposible que una persona pudiese vivir con todas esas manías, pero me divertía escucharte, todavía más sabiendo que te las inventabas.

La tarde pasó rápido, cuando se acabaron los téis y los dulces salimos a dar una vuelta y después fuimos a cenar, sé que fuimos a un italiano, pero no consigo recordar dónde estaba exactamente, es curioso que nunca volviéramos; al salir del restaurante árabe los dos teníamos claro cómo queríamos que acabara la noche, y como me confesaste poco tiempo después, los dos buscábamos el mismo final; sin embargo pasamos de una conversación banal a otra mientras caminábamos por el barrio gótico y discutíamos sobre la última película que habíamos visto ( nunca tuvimos el mismo gusto cinematográfico). Cuando me abrazaste con la excusa de hacerme entrar en calor, después del frío que había pasado con el aire acondicionado del restaurante, estuve a punto de rendirme a mis instintos; tus manos bajaron desde mis hombros hasta mis manos y se detuvieron allí, estábamos tan cerca que tu olor me invadió por completo y hubiera sido tan fácil besarte, pero resistí la tentación de tu boca y me sorprendí a mí misma, porque nunca he sido precisamente recatada en ese aspecto, quiero decir que me daba igual que fuera la primera cita o que hubiera sido la última, pero aquello había sido un tira y afloja desde el principio y no me gusta perder, así que insistí en que tenía que volver a casa porque llevaba todo el día fuera. Quisiste acompañarme en tu coche,

*pero preferí que me acompañaras a la parada de taxis.*

*-Bueno, el lunes tengo el último examen y esa misma noche me voy a París a ver a mi madre, (durante la cena ya me habías explicado que tus padres estaban divorciados y que tu madre trabajaba largas temporadas en París) cuando vuelva quedamos ¿no?*

*-Cuando des señales de vida ya veremos*

*- De mi sí puedes fiarte- me guiñaste un ojo y cerraste la puerta del taxi*

*-¡Ya lo veremos!- grité desde la ventanilla. Imaginé el sabor de tus labios hasta que me quedé dormida."*

*"Seguí imaginándote durante quince largos días; cómo sonaría tu voz si llegara directamente a mi oído sin atravesar antes ochocientos treinta mil kilómetros de distancia; cuál sería la expresión de tu cara cuando me decías que tenías muchas ganas de volver a verme.*

*Me sorprendiste con la primera llamada, sinceramente no pensaba volver a tener noticias tuyas; me seguiste sorprendiendo día tras día y a la semana ya esperaba ansiosa tu llamada y me odiaba por ello. En esos quince días ya sabía casi todo de ti: tus padres se divorciaron cuando tenías quince y vivías en San Cugat con tu madre; con tu padre no te llevabas demasiado bien y no te gustaba hablar de él porque siempre evitabas conversaciones en las que apareciese. El último año tu madre pasaba largas temporadas en París por trabajo, así que vivías prácticamente sólo. Yo normalmente me quejaba de lo mucho que me quedaba por estudiar, los hándicaps de dejarse dos para Julio, mientras tú me ponías los dientes largos describiéndome tus días en París. Diez años y ni siquiera hemos cumplido los planes de aquel verano, de volver los dos y que me enseñaras la ciudad; deberíamos haber ido, ahora ya siempre me recordará a ti y ni siquiera he estado allí.*

*Tenías que llamarme desde el aeropuerto cuando llegaras y pasarías a recogerme para ir a comer a tu casa. Me puse el vestido salmón que Marta, Miriam y Sonia me habían ayudado a escoger y unos zapatos de tacón que eran de mi hermana pero que acabó regalándome porque siempre se los pedía prestados. Me estaba pintando los labios cuando sonó el teléfono, pero no eras tú, era Miriam; el hermano de Marta había tenido un accidente.*

*Quizás sí, todo aquel periodo estuvo plagado de señales, de malos presagios, pero es lo malo de las señales, que las interpretas como quieres. El hecho era que el mismo día en que iba a encontrarme con el primer chico que realmente había hecho que me implicara en la relación, estaba en el hospital con mi vestido y mis tacones, tratando de explicarme por qué el hermano de mi mejor amiga se había tirado por la ventana. Al principio nos dijeron que había sido un accidente, pero al llegar al hospital nos enteramos: la asistenta estaba limpiando las ventanas y lo vio como ido, enfrente de una cristalera abierta y mirando al vacío; se acercó para ver si necesitaba algo o si se encontraba mal y sin ni siquiera mirarla se echó a correr y se tiró.*

*Nunca olvidaré la cara de Marta aquel día; cuando nos vio comenzó a llorar, al principio desconsoladamente, después con un llanto más profundo, hiriente, como si cada lágrima fluyera de alguna situación en la que se hubieran podido cambiar las cosas.*

*Hasta donde nosotras sabíamos Luís era un chico de lo más normal, no se llevaba mal con su hermana, pero tampoco estaban muy unidos, alguna vez vino a tomar algo con nosotras al bar de la facultad; le gustaba tocar la guitarra y tenía bastante éxito con las chicas, era muy extrovertido y el ojito derecho de sus padres según Marta; quizás porque nada hacía sospechar que lo estuviera pasando mal, el golpe pareció todavía más duro.*

*Últimamente pienso mucho en Luís, creo que es ahora cuando realmente lo entiendo o por lo menos entiendo lo que debió pasarle por la cabeza en aquellos momentos. Hay ocasiones, momentos puntuales, como pinchazos, en los que me inunda la certeza de que estoy perdida, me rodea, me invade, me ahoga y casi no me deja respirar;*

*seguramente ya lo estaba antes, pero es ahora cuando me doy cuenta además de que no tengo a nadie que me ayude a reencontrarme, porque nadie sabe, ni siquiera yo, como hacerlo. No recuerdo lo que era ser yo sin ti, ha pasado demasiado tiempo, no recuerdo cómo se empieza a ser feliz. A veces soy sólo un borrón en la vida de los que se atreven a acercarse a mí y me da miedo no ser capaz de cambiar esta situación; entonces veo a Luís de pie frente a la ventana abierta, en apariencia muy quieto, con los ojos muy abiertos y fijos en un punto, pero con un millón de imágenes frente a sí; un millón de miedos avanzando hacia él, que se siente como un agujero negro que absorbe poco a poco todo el color que le rodea, incluso las voces de los niños que juegan en el parque de enfrente, convirtiéndolos en vacío. De pronto recuerda que hasta hace poco también él era un niño que jugaba en el parque con sus amigos, no hace tanto que se sentía feliz; se deja llevar por el movimiento adormecedor de las copas de los árboles ¿cómo ha llegado a estar tan sólo? ¿Qué fue exactamente lo que hizo que empezara a sentirse tan desgraciado? Ya ni siquiera lo recuerda; solo ve un ejército de posibles futuros, todos igual de tristes y oscuros avanzando hacia él y un poco más atrás agudizando la vista, el verde del parque, llamándole entre susurros infantiles; y por un momento solo puede pensar en la tranquilidad que le produce la imagen de las copas de los árboles meciéndose en el azul, como si flotaran; se siente ligero, que es fácil acabar con esos miedos, cierra los ojos, atraviesa la barrera de negros augurios y siente un instante de paz.*

*Cuando llego hasta aquí yo misma me obligo a volver a la realidad y hasta procuro alejarme de las ventanas, como si tuvieran algún poder extraordinario y me pudieran atraer contra mi voluntad.*

*-¡Vaya día para reencontrarnos eh! No te preocupes, ya has oído a los médicos, está estable. Me secaste las lágrimas y me diste un beso en la mejilla, muy cerca de la boca; un beso para recordar que ser feliz en aquel momento no era nada malo; un beso para recordar que disfrutar de las cosas buenas es un deber.*

*-Tenía ganas de verte*

*-yo también, he comparado sushi antes de parar en el hospital, ¿tienes hambre?*

*-Sí, pero después, antes quiero ver el jardín.-te cogí la mano y atravesé el recibidor y el comedor directa hacia el jardín, necesitaba aire. Me besaste, y en milésimas de segundo me invadieron todos los contrastes que conforman la vida; la alegría de un amor incipiente, el dolor de alguien que huye de su propia vida arrastrando las vidas de los que lo aman al vacío; la sin razón de la angustia desde los ojos de alguien feliz y la felicidad inconquistable desde el abismo de alguien que sufre. Todo empezó a girar y pensé que algo de mí, quizás toda mi esencia, iba a salirse por la boca para empezar a girar alrededor de mi cuerpo; necesitaba sujetarme a algo fuerte, algún árbol de raíces profundas que no me dejara desaparecer engullida por la inercia de ese torbellino. Me abracé a ti con todas mis fuerzas. Vida y muerte, excitación y apatía, tortura y placer, todo siguió girando cada vez con más fuerza y en el centro del huracán, abrazada a ti, todo iba muy lento; podía sentir como crujía cada hoja de césped al contacto con mi piel, cómo se erizaba cada célula al contacto con la tuya; el peso de tu cuerpo sobre el mío me mantenía unida a la realidad y todo giraba cada vez más rápido, enterré los dedos en el césped y sentí la humedad de la tierra. Poco a poco todo fue recuperando el equilibrio y volvimos a ser dos disfrutando de un día de sol. Seguimos un buen rato en el jardín, dejando que el sol lamiera nuestros cuerpos todavía enlazados por las manos y después nos comimos el sushi.*

## CÁDIZ

El carbón comenzó a arder en las calderas de "El Mallorquín" y Gaspar sintió como si también él estuviera ardiendo por dentro. Él, que solo había ido a Palma en un par de ocasiones, estaba a punto de cruzar el Mediterráneo y dejarlo todo atrás.

Todo aquel ruido se la iba colando dentro hasta que ya no podía escuchar las palabras de Ana, solo veía sus labios moverse mientras las voces de la gente, el estruendo de las máquinas, los gritos de los marineros subiendo el equipaje y el calor... ¡hacía tanto calor! Todo se le colaba dentro dejándolo sin respiración, incapaz de reaccionar.

Así se sintió la primera vez que vio a Ana, con su pelo rubio recogido en dos trenzas y enrollado atrás en un moño y esa manera desafiante de caminar que hacía que se le perdiera el raciocinio detrás de sus tacones. La conoció en las matanzas de Can Tirrango; sus padres y ella eran la gran novedad en el pueblo. Don Bartomeu y Jerónima de Can Tirrango partieron hacía treinta años a Andalucía. Jerónima se despidió de sus amigas con el pequeño Miguel de un añito llorando en sus brazos y sus amigas lloraron también porque pensaban que era una locura viajar tan lejos con una criatura y ¡a saber cómo la tratarían aquellos forasteros! Todas lloraron por su amiga; algunas sin embargo no se alegraron tanto al saber que les iba muy bien, que la familia aumentaba al igual que los ingresos y mucho menos, cuando supieron que iban a volver "mirando a los del pueblo por encima del hombro". Sin embargo estaban allí todas otra vez reunidas pasados treinta años, amigas y no tan amigas, echando un ojo a la recién llegada, a su familia y a todo lo que había traído y dejándole bien claro lo mucho que la habían extrañado.

Cuando Sebastián y Gaspar llegaron a la casa, acababan de matar el cerdo y las mujeres estaban en el corral lavando los intestinos. Saludaron a doña Jerónima de lejos y entraron a dentro a ayudar a los hombres a preparar la carne.

Don Bartomeu era el centro de atención; mientras daba vueltas al molinillo de la carne, explicaba a sus amigos lo distinta que era la vida en Andalucía y respondía a sus preguntas y curiosidades; mientras tanto Ana ofrecía galletas, buñuelos y una copita de vino dulce. Los dos primos se fijaron en ella, como el resto de los hombres de la casa, porque a pesar del delantal, su belleza atraía todas las miradas.

Les tocó amasar las diferentes mezclas por no haber ayudado en los trabajos anteriores y mientras removían la carne arremangados hasta los codos y llenos de especias, seguían con la mirada a aquella forastera sin darse cuenta de que sus ojos tenían un mismo objetivo.

Fue como cualquier otra matanza de las que abundaban en aquella época del año, pero con un poco más de barullo debido a los recién llegados. Los niños correteaban y jugaban a enganchar la cola del cerdo a cualquier despistado, las niñas lucían orgullosas sus recién estrenados delantales y los adultos rellenaban sobrasadas, butifarrones, camaiots y longanizas hasta que las perchas estuvieron bien llenas de piezas que atestiguaban el trabajo bien hecho.

Cenaron demasiado, casi sin pensar, comieron todo lo que se les ofreció, ansiosos por alabar las artes culinarias de las mujeres de la casa. A la hora del baile fue Ana quien, con un descaro impropio de una señorita, al menos en aquel pueblo y los colindantes, desde luego, sacó a bailar a Sebastián guiñándole un ojo. Gaspar salió pálido de la casa al ser consciente de la situación.

Aquella primera noche no pudo dormir y tampoco muchas otras que le siguieron,

pensando en aquella forastera que nunca podría cortejar, que no se había fijado en él sino en su primo. Se reprendía a sí mismo por sufrir por alguien a quien ni siquiera conocía e intentaba olvidar el tema, pero entonces recordaba la mirada de Sebastián cuando Ana le cogió la mano para bailar, estaba encantado, a él le gustaba mucho también, y volvía a empezar el círculo de pensamientos que se prolongaban hasta el amanecer.

Como las familias se conocían de toda la vida, Sebastián no tardó en conseguir que le dieran paso a la casa de Ana; allí se veían cada martes religiosamente; Sebastián procuraba no pensar en ello y tampoco hablaba demasiado de Ana con su primo, sin embargo el corazón se le aceleraba cada vez que por casualidad se cruzaba con ella.

Hacia poco que Sebastián visitaba a Ana en su casa cuando sufrió un accidente con el caballo; se hirió en la pierna y la herida se infectó. Estuvo delirando varios días y el médico le prohibió salir de la cama hasta que estuviera totalmente recuperado porque corría el riesgo de volver a infectarse y podía ser muy grave. Entonces fue Ana la que visitaba a Sebastián en su casa. Cada tarde a las cinco en punto la madre de Sebastián la esperaba con unas galletas y merendaban junto a la cama del enfermo, contándole las últimas novedades del pueblo. Para cuando Ana llegaba, Gaspar ya se había ido. Cuando el trajín de tazas y galletas comenzaba en la cocina, Gaspar se despedía y se aseguraba de no cruzarse siquiera con su tormento. Pero no pudo esquivarla mucho tiempo, bastó que Ana llegara más pronto una tarde porque tenía que ayudar a su madre en unas tareas de la casa. Llegó como siempre con Carmencita, su prima (la mandaba la madre de Ana de carabina porque era poco apropiado que una chica visitara sola a su novio en casa de él. Tenía seis años, pero su sola presencia era suficiente; además era muy viva y doña Jerónima tenía por seguro que allá donde fuera, Carmencita sería sus ojos y oídos sin olvidarse de un solo detalle). Merendaron todos juntos y hablaron un poco de todo; la madre de Sebastián insistía en que Ana tenía que aprender a llevar la tienda y así Sebastián se ocuparía de las tierras, sin embargo Ana no parecía muy entusiasmada con la idea. Esto lo apreció Gaspar, porque Sebastián y su madre parecían no notar que cada vez que sacaba el tema, Ana salía con otra cosa y si la estrategia no funcionaba, escuchaba los consejos de la futura suegra con resignación, con la mirada perdida de quien está muy lejos de su cuerpo.

El invierno ya había llegado y a las seis de la tarde, aunque no era noche cerrada, ya empezaba a oscurecer, por eso le pidieron a Gaspar que acompañase a las niñas a su casa, pues vivían a las afuera del pueblo. ¡Tanto tiempo evitando aquella tentación y ahora era el propio Sebastián el que le obligaba a pasar aquel suplicio! Gaspar se sentía muy mal, si su primo supiera la verdad, de buen seguro no le pedía aquel favor; sin embargo no podía negarse y acabó acompañando a las jovencitas.

Carmencita había llegado en bicicleta; comenzó a pedalear detrás de ellos, pero pronto los adelantó unos metros. Caminaban uno junto al otro, Gaspar estaba realmente incómodo y como solía ser habitual en ella, fue Ana la que acabó con la tensión del momento:

-Oye, ¿tu siempre has vivido en el pueblo?-mientras hablaba caminaba adelante y volvía sobre sus pasos a la vez que jugueteaba con el abrigo.

-Sí claro, mi familia ha vivido aquí toda la vida.

-Y la tienda ¿hace mucho que la tenéis, entonces?

-Bueno, era de mis abuelos y luego se la quedó mi tía, ¿no te gusta demasiado la idea de la tienda no?

-No es que no me guste...Es que no se, no me veo, yo estaba acostumbrada a otras cosas. Hasta ahora yo iba a la escuela de señoritas allá en Sevilla y siempre había pensado que me casaría y me dedicaría a llevar la casa como Dios manda y acompañar a mi marido en las cenas de negocio, ya sabes. Bueno, ya me dice mi

madre que yo estoy demasiado bien acostumbrada, que no siempre ha sido así, que bien que le tocó a ella arremangarse y trabajar cuando llegaron al cortijo hasta que el marqués se lo puso a su nombre y empezaron a hacer negocio; pero digo yo que esos eran otros tiempos y yo vivo lo que me toca vivir ¿o no? Mira la mujer de mi hermano: que si a comer al club, que si cena en la casa, que si reunión el fin de semana en el cortijo. A mí me gustaría vivir así como ellos, porque como ellos dicen, ahora lo que da dinero son los negocios y en los negocios hoy en día se necesita conocer gente, moverse por la alta sociedad, ¿entiendes?

Ana hablaba mucho y muy rápido, era muy graciosa, su cuerpecito parecía incapaz de contener su energía, que salía a borbotones en forma de palabras. Gaspar no entendía la mayoría de las cosas de las que ella hablaba; no entendía que tenía que ver aquello de la alta sociedad, de los clubes y los negocios con la vida de una mujer; pero también le gustaba aquel atrevimiento, Ana había conseguido hacerlo sentir cómodo.

-Oye, y todo esto ¿se lo has contado a mi primo?

-¿Estás loco? Esto son cosas mías, te lo cuento a ti porque yo soy así y no me puedo estar callada y ¡como tú no hablas nada! Además que me da a mí que tu estas cosas las entiendes mejor que tu primo, y no se lo vayas a contar ¿eh? Que esto queda entre nosotros, sólo son sueños de una niña tonta, calla, calla, que viene Carmencita.

Aquello de las meriendas se convirtió en una costumbre y también los paseos de vuelta a casa en la eterna compañía de Carmencita. Gaspar ya se había convencido de que podría ser su amigo, que podían ser simplemente familia, aunque había ciertos momentos, cuando le daba dos besos de despedida, por ejemplo, en los que no podía engañarse y veía claramente que si no fuera por su primo, no se cansaría nunca de acariciar aquella piel.

-Pues, ¿sabes que estoy pensando en echarme al contrabando? ¡Esto sí que es secreto, eh! Todavía no se lo he contado ni a Sebastián, así que tendrás que hacer un esfuerzo y no contárselo a nadie, que ya sabemos los dos que te cuesta lo que no está escrito.- Ana se recorrió la boca como si se la cosiera con una aguja real.- Pues tengo ya dos socios y tenemos un barco mirado; uno de ellos tiene ya experiencia, ha ido a Tánger con otro que ya se retira y dice que entre los tres podríamos conseguirlo. Creo que podría ser buena idea y me sacaría un buen jornal, ¿Qué te parece?

-Es muy peligroso Gaspar, no se...

-Sí, es peligroso, pero que hago yo aquí, nada de provecho ¿no eras tú la que hablaba de negocios y de ganar dinero y todas esas cosas?

-Sí, pero tú no tienes todavía a nadie a quien mantener, quiero decir, no tienes mujer, una familia.

-Pues por eso mismo, algún día los tendré y hay que estar preparado.

Se hizo un silencio profundo, como la gran verdad que acababan de revelar y que parecía venirles por sorpresa a los dos.

-Esta semana Sebastián ya podrá salir, ¿lo has oído no?

-Sí.

-¿Soy mala persona si me da un poquito de pena que se acaben nuestros paseos de vuelta a casa?

-No mujer, a mí también me dará mucha pena dejar de verte. Estas un poco loca, pero me gusta hablar contigo.

Con el tiempo, habían conseguido olvidarse del mundo mientras paseaban; incluso de Carmencita, que se adelantaba y volvía atrás con la bicicleta, quejándose de que cada día se volvían más lentos. Aquello se acababa y Gaspar tenía la sensación de que Ana no sólo se apenaba por perder la oportunidad de hablar en voz alta de sus sueños, sino que también sentía alejarse de él.

Pasó sin más, sin que a ninguno de los dos se les hubiera pasado siquiera por la cabeza unos minutos antes de que ocurriese, y quizás por lo natural que les resultó,

fueron incapaces de separar sus labios durante unos minutos que les hubiera gustado fueran eternos. Los interrumpió Carmencita, estaban a pocos metros de la casa y a Gaspar solo le dio tiempo a susurrarle: "mañana aquí mismo", mientras le rozaba suavemente la mano y se guardaba en la memoria la tibieza de su piel.

La mañana siguiente ambos se levantaron con el primer canto de los gallos y acudieron puntuales a su cita junto al almendro; la primera en llegar, por su proximidad al lugar de la cita, fue Ana; cuando se levantó, su padre ya se había ido y su madre y su abuela trasteaban en la cocina discutiendo como siempre por algo sobre la comida. La abuela le preguntó que si quería que le empezase a calentar la leche del desayuno, pero Ana le dijo que no, que prefería ir a dar un paseo antes. Cuando cerraba la puerta oyó como la abuela murmuraba: "¡Hay!, esta hija tuya cada día es más rara". Su madre contestó algo, pero Ana no se quedó a escucharlo. El aire olía a la leña de las chimeneas, Ana inspiró hondo y agradeció el frescor que le recorría el cuerpo; no había dormido demasiado aquella noche. Cuando Gaspar llegó ya casi había desaparecido el color rosado del amanecer; la imagen de Ana junto al almendro casi deshojado, le pareció tan poética que todavía hoy en día se le repite en sueños, por más que le hubiera gustado olvidarla. En ese momento del día, al igual que al anochecer las cosas siempre le parecieron mejores, quizás por la sensación de que sólo unos pocos las disfrutaban mientras los demás duermen. Él nunca fue muy dado a las letras, de hecho aprendió a leer y a escribir porque Sebastián le ayudaba y porque ir a clase con él no resultaba tan aburrido como ir sólo; pero Sebastián, que solía aburrirle con sus filosofías y sus lecturas, un día le leyó un poema que hablaba sobre la vida y la muerte, desde entonces siempre pensaba en esos momentos, que eran instantes en los que la vida y la muerte se daban la mano y si eso era posible, quizás aunque solo en ese instante, todo lo fuera. Con la luz, la vida volvía a la tierra y Ana, con su vestido beige y blanco, junto al almendro, parecía darle vida y alargar su floración.

Cuando estuvieron uno frente al otro, les invadió un rubor repentino, mezcla de lo extraño de la situación y de los pensamientos que a los dos les habían impedido dormir durante la noche.

-"Hola"

-"Hola"

Tenían mucho de qué hablar, le habían dado ambos muchas vueltas a la cabeza a cerca de lo que debían hacer; los dos tenían miedos y exigencias y muchas palabras pensadas y repetidas a modo de discurso en su cabeza una y otra vez, pero en ese momento, muy cerca pero sin rozarse siquiera, cobijados tras las pocas hojas del almendro, Gaspar sólo podía pensar en el sabor de los labios de ella y Ana en la sensación de los brazos de él rodeando su cuerpo. Se besaron con pasión, con un sentimiento que ninguno de los dos había experimentado antes, que les impedía respirar si no estaban en contacto con la piel del otro y que les hizo muy difícil separarse y volver a tomar conciencia de donde estaban. Sonrieron ¡aquello era tan inesperado! pero toda alegría, en aquel caso, llevaba asociado un pensamiento amargo; había que pensar en Sebastián.

La noche que le confesaron sus intenciones al padre de Ana, fue la más difícil de sus vidas y por supuesto no se lo tomó nada bien. Fue un domingo al salir de la iglesia, aunque ya eran las ocho, el calor de Agosto todavía se notaba y la ropa se pegaba al cuerpo debido a la humedad. El padre de Ana esperaba en la escalinata y mientras se acercaba, Gaspar notaba como el sudor le resbalaba por la espalda.

-¡Gaspar! Me ha dicho Anita que querías hablar conmigo, tú dirás.

-sí señor, pero preferiría hacerlo en privado si no le importa

-sí papa, mejor vamos a casa y allí te explicamos todo.

Don Francisco no tuvo inconveniente ya que Gaspar y su familia eran conocidos de toda la vida, pero el hecho de que su hija se tomará tanto interés, por mucho que se

tratara del primo de su prometido, le dejó un poco intranquilo, no sabía explicárselo pero empezó a temer que no se trataba de ningún negocio tal y como había pensado cuando su hija le mencionó a Gaspar, y que lo que se traían aquellos dos entre manos no iba a gustarle. Cuando llegaron a casa de Ana ya había oscurecido, la señora Jerónima y su madre bajaron rápidamente del carro y se apresuraron a encender la luz del salón y servir unas copitas de hierbas. Ana y Gaspar se cogieron de la mano y entraron en la sala sintiendo que daban su último aliento, apretaron fuerte y soltaron de golpe todo lo que tenían que contar. Don Francisco escuchó en silencio sin soltar la copa que acaba de coger, tomó su contenido de golpe y entonces preguntó:

-¿y el pobre Sebastián sabe algo de todo esto?

-No, no hace tanto que hemos tomado la decisión de dar este paso, papá, los dos hemos intentado que esto no pasara, pero como te hemos dicho estamos enamorados y queremos casarnos.

-bueno, sabes que yo siempre te apoyaré hija, pero esto es un desvarío, un escándalo en el pueblo, es que hace dos días querías casarte con otro, ¿te das cuenta?; tu madre se volverá loca, de ella me encargó yo, pero vosotros tendréis que ir del pueblo, porque sino nunca seréis felices; ni vosotros ni nosotros. Pensadlo bien, al menos una semana, y si estáis seguros ya hablaremos. Cuando Gaspar salió de la sala se encontró a la señora Jerónima en la puerta haciendo como que quitaba el polvo a los muebles, aunque lo había intentado no había escuchado nada y lo miraba con ojos curiosos, intentando encontrar en su mirada algún dato que pudiera ayudarla a averiguar de qué habían estado hablando; al fondo del pasillo, más discreta, la abuela de Ana se secaba las manos en el delantal mientras sacaba la cabeza por la puerta de la cocina, pero sólo acertó a oír el apresurado adiós, buenas noches de Gaspar antes de salir de la casa. Con el ruido de la puerta todavía en los oídos, Jerónima corrió a la sala; se tropezó con su hija en la puerta pero no pudo sonsacarle nada porque también caminaba como ida, directa a las escaleras que llevaban a su habitación.

-Bueno, ya me contarás-le dijo a su marido mientras dejaba el plumero en el suelo y se colocaba el delantal sobre las rodillas- porque está claro que aquí está pasando algo y ¡no es nada bueno no!

-Jerónima escúchame bien, ahora la niña dice que no quiere casarse con Sebastián, que está enamorada de Gaspar y que quiere casarse con él.

-¡Qué! Pero bueno, bueno, bueno, ¿es verdad esto que me dices? Ayayay, ya, no me lo puedo creer, pero, pero ¿y qué se ha vuelto loca? No, no, no no puede ser esto- Jerónima hablaba sola, hacía preguntas al aire y se movía de un lado a otro, mientras su marido esperaba paciente a que se le pasara el sobresalto.-pero después de casi un año de novios, ¡ahora se da cuenta de que no lo quiere! ¡Ahora, que ya habían decidido casarse! Ay pobre Sebastián, ¡con lo bueno que es! ¡Con lo bien que se ha portado con la familia! ¡No se lo merece! A partir de entonces Sebastián tendría que escuchar mucho esta frase:"con lo bueno que eres y lo bien que te has portado con ella, y con tu primo, pero si erais como hermanos" y cada vez que la escuchara se le removerían las tripas, porque muy lejos de reconfortarle, le hacían sentir como el tonto del pueblo y cada vez tenía menos ganas de ser aquel buenazo del que la gente hablaba y más de mandarlos a todos a "fora Vila".

Dos semanas después de su conversación, don Francisco les consiguió los billetes y los mandó a Palma, dejándole claro a Ana que aquella había sido su última visita a la isla y que bajo ninguna circunstancia quería volver a verla por allí, a no ser que tuviese noticias suyas diciéndole lo contrario. Ella le escribió una carta a Sebastián intentando explicarle sus sentimientos, Gaspar no se despidió, no encontraba la manera, sabía lo que significaría aquello para su familia.

En todo esto pensaba Gaspar por las noches en el barco, mientras se abrazaba con fuerza al cuerpo desnudo de Ana; necesitaba sentirla, ella era literalmente todo lo que

tenía.

A pesar de la mezcla de emociones, aquellos diez días en el barco fueron un sueño para los dos; Una especie de viaje de novios por adelantado, puesto que ellos ya se consideraban casados sólo por haber dado aquel paso. Gaspar la cogió en brazos para entrar en su camarote de primera y tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le cayera al ver todo aquello; había dos camitas e incluso un pequeño saloncito y un baño. Juntaron las camas y aquella primera noche en el barco fue la primera que pasaron como un auténtico matrimonio; al despertarse al día siguiente, lo primero que vio Gaspar fueron los ojos de Ana clavados en él, aquella le pareció la más luminosa de las mañanas y se alegró al pensar que ese despertar era el que le esperaba en adelante. Junto a Ana ningún día era igual a otro, ni siquiera en el recinto limitado que suponía el barco; siempre había algún rincón nuevo que explorar y nuevos sueños que compartir. Los diez días de travesía pasaron casi sin darse cuenta y cuando por fin divisaron tierra y la gente empezó a salir a cubierta para celebrar la llegada, Gaspar empezó a sentir miedo; al fin y al cabo aquellos días habían sido un limbo, era ahora cuando empezaba la realidad; conocería a la gente de Ana, nueva casa, nuevas rutinas, nueva vida, una vida ajena. Inspiro hondo y apretó fuerte la mano de Ana que saltaba de alegría a su lado.

-Amor mío ya estamos llegando ¡qué alegría! ¡Por fin en casa! ¡Te va a encantar!

Llegaron al puerto de Cádiz al anochecer, allí les estaban esperando el hermano de Ana y su mujer; los dos eran mallorquines, pero no quedaba ya ni rastro de la isla en ellos, ni siquiera en el acento. Quedo muy claro en su recibimiento que Gaspar no era bienvenido, aquella llegada repentina de Ana con un hombre, sin haberse casado y casi huyendo del pueblo, era un escándalo en la familia; él podía entenderlo y pensaba que una vez casados aquella animadversión desaparecería, así que agachó la cabeza e intentó capear aquellas miradas de desprecio que, por otra parte solo le lanzaban a él, de seguro convencidos de que era el único culpable de haber llevado a su hermana por el mal camino.

Miguel y Antonia vivían en la capital, pero la recién llegada pareja se iba a quedar en el cortijo de la familia; lo estaba llevando la viuda de su hermano pequeño y necesitaba ayuda.

El padre de Ana había dejado la isla para hacerse cargo de la gestión de unas tierras que había comprado un ricachón que lo tenía como hombre de confianza; se trataba de fragmentar la propiedad en distintas fincas con el fin de venderlas. Una vez hecho el trabajo, fue recompensado con una de ellas, pero pocos años después su hijo menor murió y él cayó enfermo y decidió volver a su casa, dejando la propiedad a los hijos. De esta forma Miguel, que de no ser su padre quien era, no hubiera servido ni para arar el campo, se convirtió en el dueño y señor de toda la producción y él y su señora presumían su nueva riqueza por los círculos más selectos de la ciudad, mirando a todo el mundo por encima del hombro, a pesar de que su condición de forasteros y nuevos ricos les convirtió al instante en blanco de todas las críticas.

En el cortijo, además de cultivar para autoabastecimiento, producían aceite y corcho, que Miguel se encargaba de comercializar para después repartir los beneficios entre la familia. En el largo camino hasta el cortijo la conversación giró en torno al negocio la mayor parte del tiempo y la otra parte se pusieron sobre la mesa todos los rumores y malicias que habían surgido en ausencia de Ana y que Antonia se encargó de enumerarle con pelos y señales. Gaspar prácticamente no abrió la boca, cuando se le ocurría decir algo cambiaban de tema mirándole como sí no tuviera derecho ni siquiera a hablar. De lo que sí se entero fue de que la viuda de su hermano, Margarita, tampoco era muy querida (más adelante descubriría que el amor en aquella familia era proporcional a la cantidad de dinero que aportaras); la fea la llamaban.

-La fea ya la veras, sigue igual o peor, decía Antonia, ¡pues no se ha quitado ya el luto

y se ha enfundado unos pantalones!

-Si hermanita sí, yo creo que está perdiendo un poco la cabeza, se pasea por el cortijo a horcajadas y con una escopeta a la espalda, que hasta los jornaleros la llaman el capataz, como si fuera un hombre y hasta miedo le tienen. A ver como os va por allí, porque esté (ese era Gaspar) no parece que tenga mucho carácter, y como no se vista por los pies, ¡ la fea se le sube a la chepa! yo prefiero no aparecer por allí a no ser que sea muy necesario, porque siempre nos despedimos a gritos. Margarita empezó a caerle bien desde entonces.

## LA BODA

Tenía la cara grande y cuadrada y un gran lunar abultado junto a la boca, que en otra cara hubiera resultado atractivo, pero que a ella la afeaba todavía más. La conoció a la mañana siguiente a su llegada. Se despertó pronto y tuvo tentaciones de ir a visitar a Ana a su habitación, pero ya que su hermano no había considerado oportuno que compartieran cama sin estar casados, prefirió no crear problemas nada más llegar y esperar a que el estirado de Miguel y su insípida mujer volvieran a acumular cotilleos a Sevilla.

Estaba inmerso en el frescor del patio central que ya había admirado desde su habitación, cuando escuchó unos gritos que venían de fuera. Vio a dos hombres discutiendo, uno rubio muy alto e igual de ancho y otro más pequeño, pero no, al fijarse un poco comprobó que no era un hombre y dedujo entonces que debía tratarse de la famosa Margarita. Efectivamente la contemplación de aquella imagen era todo un espectáculo y todavía más a las luces de la conversación de la que había sido testigo la noche anterior; los pantalones amarrados a la cintura con un cinturón, sujetaban la camisa blanca abotonada hasta arriba, todo impecable y en bandolera un rifle a la espalda.

-¡Buenos días! Soy Gaspar, el.... (Dudo un momento, no sabía cómo presentarse) el prometido de Ana; usted debe ser Margarita ¿Verdad?

-Si, esa misma, buenos días Gaspar. Otro mallorquín por estas tierras; tardarás en acostumbrarte, pero ya me ves, como si llevará aquí toda la vida. Este es Joselete-

-El Rubio le estrechó la mano-¿Qué hay?- y siguió a lo suyo, discutiendo con Margarita sobre algún asunto de las barracas de los trabajadores que Gaspar no llegó a entender. Se dio cuenta de que aquel no era el momento de conversaciones amables y se retiró silencioso; los otros dos ni se dieron cuenta, enfrascados en la discusión.

El primer encuentro con Margarita fue un anticipo de lo que serían los primeros meses en el cortijo, todos muy correctos, pero cada uno a lo suyo y Gaspar perdido entre todos aquellos desconocidos sin saber cómo actuar, sintiéndose únicamente seguro de su decisión cuando Ana estaba a su lado y dudando el resto del día. Él hubiera querido casarse a los pocos días de llegar, ese había sido el objetivo al salir de Mallorca y ya vivían en la misma casa; era difícil de entender por qué, tratándose de una familia tan preocupada por las apariencias, ponían excusa tras excusa para ir postergando la boda, pero todavía le costaba más aceptar que Ana estuviera de acuerdo.

Los domingos comían todos juntos, a excepción de Margarita que comía siempre con los trabajadores que se quedaban en el cortijo y subía por la tarde a tomar el café. Al tercer domingo compartido sin que nadie hiciera mención ni de soslayo al tema de la boda, Gaspar sacó el tema. Estaban sirviendo el gazpacho (que a Gaspar le sabía como un trampó hecho sopa, y no iba muy desencaminado) cuando soltó la pregunta con toda naturalidad. En realidad pensó que serviría para destensar el ambiente; quizás todavía no se fiaban y así verían que la quería de verdad, que sus intenciones eran serias y que era un hombre como Dios manda.

-Bueno Miguel, todavía no he hablado de esto con tu hermana- (se permitió una pequeña licencia, una mentira piadosa para no avergonzar a Ana y que Miguel se sintiera más respetado, porque lo habían hablado, una y mil veces, la primera en el barco, mientras Gaspar descubría los pechos de Ana y se hundía en ellos y los besaba...-te quiero, te quiero, nos casaremos nada más llegar, quiero tenerte siempre

conmigo. Mientras Ana sentía los labios calientes de Gaspar y la humedad de su lengua...-claro que sí, yo también te quiero amor mío. Empezó a revivir aquellos momentos sin querer y se ruborizó, el taconazo de Ana por debajo de la mesa lo devolvió a la conversación)pero en ausencia de tu padre, consultarte a ti primero me parece lo más adecuado; estarás de acuerdo en organizar la boda lo antes posible dentro de este primer mes ¿verdad? No creo que necesites más de un mes para conseguir un vestido de tu gusto y todo lo demás, Ana, ¿no te parece?

La mesa se quedó en silencio, Antonia miró a su marido con los ojos fuera de las órbitas y Ana, que no se lo esperaba, no se atrevía a levantar la mirada del plato, en parte por la mezcla de ilusión y nervios que le recorría el cuerpo, y en parte por el miedo a la reacción de su hermano, que preveía negativa.

Miguel acabó de tragar el pan y mientras removía el gazpacho contestó:- mira Asparito-(cuando se refería a él siempre aspiraba la "g" de forma que casi ni se oía, y siempre utilizaba el diminutivo). Gaspar inspiró intentando calmarse, había llegado muy lejos por Ana, había dejado su casa y su familia, pero no estaba seguro de poder soportar a su hermano.- aquí se harán las cosas como Dios manda, que aquí significa como lo diga yo, que pa eso soy el señor de la casa y el responsable de mi hermana por el momento. Mi señora y yo nos volveremos a Sevilla a retomar nuestros asuntos y vendremos a veros los fines de semana; cuando os hayáis instalado y ya te hayas hecho con las tareas del campo, os vendréis algunos días con nosotros pa que conozcas como funciona esa parte del negocio; os pasaréis por el club, os presentaremos en sociedad y si pa entonces todavía estas seguro y mi hermana también y encajas en la vida de todos, entonces os casáis.

Dicho el discurso Gaspar no podía hacer más que dos cosas: decirle cuatro verdades a Miguel y volver a Mallorca sólo a dar la cara ante todos, o aceptar las condiciones y esperar que la cosa mejorara. Miró a Ana

- ¿Tú no tienes nada que decir?

-No me parece tan mala idea Gaspar; le respondió mientras le acariciaba la mano. Solo te pido un poco de paciencia; casarse ahora sería muy precipitado, con todo lo que hemos pasado, es un poco de tiempo, nada más.

-Está bien, lo comprendo, pero no estoy dispuesto a esperar mucho; creo que yo ya he demostrado todo lo que tenía que demostrar.

Carmina, la chica de servicio, entraba con el segundo plato para cuando Gaspar acababa la frase y nadie volvió a abrir la boca. Las ventanas estaban abiertas porque ya empezaba a apretar el calor y los ruidos del campo y de algún otro trabajador, los acompañaron el resto de la comida.

Aquella misma tarde Miguel y Antonia partieron para Sevilla. Gaspar se sentó en el sofá del salón, sólo por primera vez en varios días; todo en calma, menos su corazón. Ana estaba cambiándose para la cena y a él se le mezclaban los pensamientos; de pronto la suave piel de Ana, de pronto la impotencia de sentirse dominado por la situación, la respiración agitada de ella en su oído, el calor de su aliento, la desesperación que supondría perderla, que alguien o algo los separara, estaba tan cerca, ahora estaban solos, que le impedía...Subió los escalones acelerado y respiró hondo antes de abrir la puerta. Ni siquiera se sorprendió, a pesar de que no lo esperaba. La encontró en ropa interior, mirando dos vestidos que tenía preparados sobre la cama.

-¡Gaspar!- sonrió de aquella manera, dulce e inquieta, dispuesta a jugar con tu corazón y hacerlo suyo, aquella manera que a Gaspar lo desarmaba. Al abrir la puerta la corriente hizo que los visillos se levantaran indiscretos y Gaspar seguía allí parado.

-Ana

- ¡Cierra la puerta hombre!

-Ana- Gaspar había cerrado la puerta y avanzaba hacia ella con la mirada clavada en

sus ojos. La apretó contra él. Sentía sus pechos y el olor de ese perfume carísimo que le había regalado su hermano. Ana dime que todavía me quieres, que quieres casarte de verdad conmigo. Le hablaba con la frente apoyada en la suya, sin dejar de apretarla contra él.

- ¡Claro tonto! Me habías asustado con esa cara.

-Empezó a besarle suave, primero en la frente, en la nariz, en la mejilla, dulce, cálida y con cada beso desaparecía un poco de angustia y se fortalecía el deseo y por fin la sentía de nuevo suya, entregada, abandonados los dos al placer de sus cuerpos, suya su respiración, más agitada en función de sus movimientos, suya su piel erizada.

-Amor mío, tenemos que esperar hasta la boda, imagínate que me quedo embarazada, ¡sería un escándalo!

-Bueno, así seguro que la organizaban sin falta, No sería el primer sietemesino del pueblo

-¡Gaspar! Eres un bruto, pero te quiero te quiero y te quiero.

-Yo también a ti.

## MARGARITA

Aquel octubre fue más caluroso de lo normal, todavía se agradecía el frescor de la noche y Margarita y los trabajadores seguían saliendo al patio de atrás a fumar y a hablar un poco antes de acostarse. Aquella noche además, tenían una botella de hierbas mallorquinas que la capataz había conseguido que le trajeran.

Joselete, como siempre, estaba acomodado junto a Margarita en el banco de piedra que había justo al salir de la cocina y los demás habían improvisado los asientos con piedras y troncos. Gaspar ya era a aquellas alturas uno más y saboreaba aquel licor verdoso con los ojos cerrados, tratando de recordar una vida que le parecía demasiado lejana ya.

-¡Asparito! ¡Despierta ya picha que no has trabajao tanto!-le gritó de pronto un jornalero sacándolo de su ensoñación con sabor a hinojo y laurel. Todos le llamaban ya Asparito, pero a él le gustaba cuando venía de ellos porque más que una burla, les hacía cómplices en su animadversión por el cuñado.

-Déjalo hombre, que esta melancólico-interrumpió Margarita.

-Melancólico dice, eso te lo quito yo con un fandanguillo picha.

Normalmente Juanito tenía razón y unas copitas con sendos fandanguillos después conseguía aunque no acabar con la nostalgia, si conciliar el sueño; pero aquella noche no. Poco a poco todos se fueron a dormir hasta que solo quedaron Margarita y él. La mallorquina le sirvió otra copa de hierbas y se sentó en un tronco junto a Gaspar.

-Gracias Margarita. ¿No te vas a dormir? Joselete ya hace un buen rato que se ha ido.

Margarita sonrió; no se trataban de manera distinta a como trataban a cualquier otro, es decir no se permitían muestras de cariño de ningún tipo en público, ni habían confirmado a nadie su relación, pero era un secreto a gritos que todo el mundo aceptaba con agrado, todo el mundo excepto la familia política.

No te preocupes por él, ya sabe que necesitas hablar con una tocaya. ¿Quién nos iba a decir a nosotros que te íbamos a coger tanto cariño?

-y vosotros ¿por qué no os casáis?

Cuando Margarita lo vio llegar, cargado de esperanzas y completamente enamorado, se vio reflejada en él. Pero ella sabía que era más fuerte, porque conocía a su marido y sabía que era correspondida, de igual manera que conocía a Ana y sabía que pronto se cansaría de él. Después lo vio todo el verano, deslomarse para demostrar su valía, ayudar a todos sin mirarlos por encima del hombro y para entonces no solo se había ganado su amistad sino también su admiración. Le dolía verlo así, porque sabía lo que estaba sufriendo, porque nadie podía ayudarlo.

-Así estamos bien.- Margarita removía la copa con la vista fija en el licor mientras hablaba, no estaba acostumbrada a sincerarse con nadie.- te habrán contado ya que mi marido murió.

-Sí, lo sabía.

-Pero no te habrán contado que yo estaba embarazada.

-No.

-Lo quería tanto. Te hubiera gustado, era el único de la familia que valía la pena. Él también me quería; me quería de verdad. Pero la vida es así de traicionera, tuvo que morir un buen hombre, en el camino, como un perro; esos putos maquis se podrían haber cargado a cualquier otro de la familia, pero precisamente a él no, no se lo merecía. Ese mismo día, al recibir la noticia, perdí el bebé. En unos minutos mi vida se

esfumó, desapareció todo por lo que valía la pena vivir. Pero no iba a abandonar todo por lo que habíamos trabajado tanto, en manos del hermano al que mi marido tanto odiaba. Aquí estaba lo único que me mantenía cerca de él: la tierra que los dos habíamos trabajado, la casa en la que habíamos vivido. Joselete es un buen compañero, le quiero, confío en él más que en nadie y él lo sabe, pero también sabe que tiene todo lo que puede esperar de mí y los dos somos felices así. En cambio tu... ¿Va todo bien con Ana?

-Sabes que no. Cada vez pasa más tiempo en Sevilla, ya no le parece suficiente estar conmigo. Dice que necesita más vida social, que si no se qué de los clubs y restaurantes y no sé cuantas tonterías más. Que la vida del campo no es para ella; pero solo son excusas. No puedo creer que haya olvidado tan pronto todo por lo que hemos pasado. ¿Para qué lo dejé todo entonces dime? Aquí no soy nadie, ni tan siquiera su marido.

Gaspar miró a su amiga con lágrimas en los ojos. - No sé que puedo hacer.

A la mañana siguiente llegó Ana de Sevilla. Se saludaron sin muchas ganas, pues ni uno ni otro estaban deseosos de verse. Ella subió a su habitación como de costumbre, dispuesta a entretenerse con cualquier cosa hasta la hora de comer, pero Gaspar ya no podía más, quería volver atrás, hacerle recordar que hacia tan solo unos meses se morían de amor en aquella habitación en la que ahora mataba el tiempo, recuperar a aquella mujer que un día sintió suya. La siguió y entro después de ella como ya había hecho antes. Cerró la puerta y esta vez Ana si se sobresaltó.

-¿Qué haces aquí?

-No hace tanto me recibías de una forma muy diferente.

-No hace tanto tú eras muy diferente. Los dos estaban tristes, de esa tristeza que parece absorber las palabras y te obliga a hacer un sobreesfuerzo para emitir cualquier sonido; sin embargo en esa frase de Ana Gaspar advirtió un matiz de desprecio que le hizo explotar.

- ¿Muy diferente dices? - respiró profundo e intentó tranquilizarse, todavía estaba junto a la puerta y avanzó despacio hacia ella con las manos extendidas.- yo te sigo queriendo Ana. Tú eres mi única alegría aquí. Pero cada vez estas más distante y yo solo quiero tener una vida contigo, una vida nuestra, sin tener que depender de tu hermano. Gaspar suplicaba, buscaba en Ana los ojos de aquella chica dulce y apasionada que le robó el corazón, pero ya no estaban.

- ¿Más distante yo? Esta sí que es buena- soltó una carcajada irónica.- pero si eres tú el que no quiere acompañarme a Sevilla, el que está más a gusto con la loca y los jornaleros que con su prometida, que no se qué te dan. Una vida nuestra dices, y de qué viviremos ¿del aire? Es en Sevilla donde está el dinero y los negocios.

-Claro, claro, negocios como los del tío ese con el que roneas ¿verdad? Ese sí que te puede dar los caprichos que te mereces. ¿Pero qué te crees que aquí no llegan los rumores? Ni te molestes en desmentírmelo.

-Pues mira sí. Yo no he roneado con nadie, que te quede claro, pero si fuera el caso, Manuel si es un hombre como Dios manda, con las ideas claras y con iniciativa.

Mientras Ana pronunciaba estas últimas palabras, se miraban a los ojos fijamente desde muy cerca. A Gaspar en un instante se le llenaron los ojos de lágrimas, producto de la rabia y la pena. En su interior luchaba entre las ganas de pegarle y las de darle un último beso para recordar aquella boca, porque aquello era un final. De nuevo el ruido inundaba su cabeza y su alma, como aquel día en el barco, con el mismo sabor amargo. No siguió escuchando aunque Ana seguía gritando. De pronto se sintió muy cansado, aplastado por el peso de las palabras que acaba de escuchar y turbado por el ruido, tanto ruido... Se giró sin más y salió de la habitación, ni siquiera cerró la puerta.

Margarita lo encontró sentado en la cocina de los trabajadores; estaba como ido, muy pálido, medio desmayado; mientras ella se acercaba e intentaba hacerle volver en sí,

Joselete sacó una petaca del bolsillo y le sirvió un poco de aguardiente en un vaso. Se lo acercó y se lo bebió de un trago.

- ¡Espacio chiquillo! Desde luego, si con esto no vuelves en ti es que es grave. Esto lo hacen unos franciscanos y es lo más fuerte que yo me he echao a la garganta.

- Estoy bien- contestó Gaspar, pero sírveme otra. -movía los labios pero sus ojos permanecían fijos en la nada y su cara inexpresiva.- bebió el segundo vaso también de un trago.

- Madre mía Margarita, este hombre no está bien.

- Se ha acabado. Me voy esta misma noche.

- Pero ¿qué estás diciendo chico? Que te vas ¿a dónde?

- Todavía no lo sé, pero lejos de aquí; a casa no puedo volver y tampoco tengo dinero, pero ya encontraré algún trabajillo que me dé para el billete.

-No no, de eso nada, tu ahora mismo te subes a mi habitación y descansas y luego ya hablaremos, venga pa arriba que Joselete te ayuda ¿verdad?

-Sí, claro, vamos pa allá.

Durmió hasta el mediodía siguiente. En cuanto se despertó, se aseó y fue a buscar a Margarita procurando que nadie de la familia lo viera; lo que no sabía era que Ana había vuelto a Sevilla, se lo dijo Margarita y ese fue el último empujón que necesitaba. Se había ido sin más, ni siquiera le había dejado a él ese privilegio.

-¿Qué hago Margarita? Le he dado muchas vueltas y no puedo volver así, derrotado, después de cómo me fui. Nunca me dejarían superarlo.

- Sí, yo también lo he estado pensando y tienes razón. Solo se nos ha ocurrido una alternativa, a ver qué te parece; Joselete tiene un primo que se fue el año pasado a trabajar a la ciudad, a Barcelona. Está en una fábrica y dice que le va muy bien. Podrías instalarte con él, que no tendrá ningún problema y seguro podrá encontrarte algún trabajillo y mientras tienes tiempo de reflexionar. Yo tengo aquí dos mil pesetas que te servirán para empezar y otras quinientas para el billete. Son tuyas.

- ¡Margarita!- la abrazó fuerte- no sé cómo podré devolvarte todo lo que estás haciendo por mí

- ¡No digas tonterías! Te quiero como a un hermano. Solo te pido que tengas cabeza a partir de ahora y que me vayas escribiendo y contándome qué tal te va.

- ¡Claro que sí! Nunca voy a olvidarte amiga, espero que algún día podamos beber juntos los tres en la isla.

- Claro que sí.

De nuevo una huida; tenía la sensación de que no había parado de huir desde que conoció a Ana. Se había quedado sólo. ¿Cómo había podido acabar todo así? Se acurrucó entre el banco y la ventana y apoyó la cabeza en el petate. Veía pasar el paisaje lento, muy lento, concentrado en el rugido monótono de la locomotora, sin casi apreciar el alboroto de los niños de la familia de al lado que correteaban molestando a la gente de alrededor. Los meses en "Los Naranjos" le habían parecido años. El engaño, se sentía tan traicionado, el engaño se le enganchaba a la piel y se la hacía jirones a cada metro que se alejaba de allí; ya no podía discernir si alguna vez Ana lo había amado o si simplemente había sido el capricho de una niña malcriada. Entonces, ¿qué era lo que él había amado tanto, lo que todavía amaba, aquello por lo había dejado atrás toda su vida?, ¿había sido simplemente una ilusión? Todos sus pensamientos acababan en la misma pregunta, una y otra vez, hasta que se quedó dormido de puro agotamiento.

Pequeñas briznas doradas inundaban el paisaje. Llevada por el viento, la paja se alejaba ligera mientras el grano caía al suelo, y aquel trabajo que siempre le pareció tan pesado, ahora era un espectáculo de belleza infinita. El tren repiqueteaba en la cabeza de Gaspar, pero él seguía soñando con Salinas, con el olor a "xeixa" de los campos, con el aire salado y los buenos momentos que se repetían año tras año, com

las fiestas al acabar de batir el grano, cuando después de un duro día de sudor y trabajo las familias se iban a la playa con el carro largo a celebrar el final de las tareas del campo y compartían "trampó" y "pa amb oli".

Veía a Ana alegre y jovial colocando la bota de vino y la botella de agua entre las rocas mientras él ofrecía un trozo de queso a su hijo; veía a Sebastián y Julián intentando cantar unas "gloses" y haciendo reír a todos; la vida que hubiera podido tener y se le había escapado.

Nunca más iría a recoger almendras y ya no sentiría el picor de las orugas de "poll" sobre la piel. Nunca más reiría con los amigos alrededor de una mesa mientras quitaban la cáscara de las almendras. Así se sentía él, como una cáscara vacía, casi desde el momento en que llegó al cortijo, porque un hombre no podía sentirse hombre si ni siquiera era capaz de cuidar de su mujer, porque nunca tuvo voz ni voto y hasta él se olvidó de quien era.

No supo hacer frente a la situación. Él solo quería una familia como las que había visto toda la vida: los novios se casaban en cuanto podían, trabajaban codo con codo, tenían hijos y disfrutaban de las pocas alegrías que les daba la vida. Una vida sencilla en la que las mujeres mandaban dentro de la casa con todo el carácter de las "madones" mallorquinas que él tan bien conocía, pero que jamás le harían a su marido un desaire en público. Él aguantaría que Ana le llamara "tros de carn batiada" (trozo de carne bautizado) cada vez que hubiera algún problema, le daría un beso pícaro y la abrazaría y le diría que no tuviera tan mal genio y que no se preocupara que él siempre la iba a tener como a una reina.

## ENCUENTROS

Tendría que haber avisado de que venía a pasar una temporada; seguro que se quedó de piedra cuando Clara le dijo que estaba en la isla; aunque cuando he hablado con él no me ha hecho ningún reproche. Ayer hice cálculos y a pesar de que hablábamos a menudo por teléfono llevamos ya unos nueve años sin vernos; mientras lo pensaba me di cuenta de que para mí, él no ha envejecido, su imagen ha permanecido inmutable, junto al recuerdo de mis abuelos. De pronto sentí una gran urgencia por volver a verlo, un miedo irracional de perderlo también a él, ahora que vuelvo a tenerlo tan cerca. Hice cuentas y debe tener unos setenta y ocho años; me parecen muchos, demasiados, como si al tomar conciencia de su edad, los años le hubieran caído encima de golpe. Cuando abre la puerta no me encuentro con el anciano para el que me había preparado, me sorprende un hombre asombrosamente idéntico al que dejé tantos años atrás: la misma piel morena, quizás con unas pocas arrugas más, unos cuantos kilos menos, pero con el mismo aspecto fuerte y vital. Por un momento me veo tentada a correr hacia sus brazos como cuando era una niña y llegaba al pueblo al empezar las vacaciones.

-¡Uep Tinita! ¡Y yo no sé si te habría conocido por la calle eh! ¡Y sabes que estás de guapa!- acostumbrado a hablar en mallorquín, siempre cambia de lengua al hablar conmigo, a pesar de que lo entiendo a la perfección, quizás porque vengo de fuera de la isla y para él sigo siendo un poco "forastera"; de esta forma habla con esa cancioncilla típica que tanto he echado de menos. Está muy contento; sus ojos azules no han perdido vivacidad con los años, me pierdo en esa profundidad azul que me retrotrae a la infancia y finalmente es él quien me abraza con esos brazos que continúan fuertes a fuerza de trabajar el campo, haciéndome sentir tan diminuta como en aquellos tiempos.

Le sigo por un pasillo; el piso parece bastante grande, amueblado con muebles clásicos, de madera, muy parecidos a los de mis abuelos; me pregunto qué es lo que le habrá traído hasta Palma; solo hace unos pocos meses que no hemos hablado y me hubiera comentado una decisión así. Nunca pensé que mi tío pudiera dejar el pueblo. Entramos en una sala de estar muy luminosa, hay una estantería plagada de libros, un sofá, dos sillones, una camilla en el centro y una televisión en una pequeña mesilla en una esquina; está encendida, a todo volumen y nada más entrar mi tío coge el mando de encima de la mesa y la apaga.

-Este Gaspar cada día está más sordo, un día oírán la tele desde Porto Pi.

Cuando me dispongo a preguntarle por el tal Gaspar, aparece por la puerta un hombre que avanza con dificultad, ayudado por unas muletas; tiene un pie escayolado. Debe tener la misma edad que mi tío, pero hay un punto de desaliño formal en él, que lo hace totalmente diferente. Como mi tío, es alto y fibrado, muy bien conservado para su edad, a mi parecer; la piel bronceada, aunque dudo que sea de trabajar el campo y lo atribuyo más bien a las horas pasadas al sol en la playa, persiguiendo con la mirada a las extranjeras o tal vez pescando. El pelo rizado y de un color grisáceo le cae ligeramente sobre la frente de una forma muy natural, pero el gesto que hace al pasar por delante del espejo del pasillo, atusándose el pelo a pesar de las muletas, lo delata. Del mismo modo lo delata la forma de vestir: unos pantalones de hilo a rayas azules y blancas y una camisola ancha también de hilo blanco arremangada hasta los codos, al más puro estilo ibicenco.

-Tu no lo conoces a Gaspar ¿eh?

-No, creo que no

-Gaspar es primo mío, pero se fue muy joven a vivir a la península. Pero a tu abuela sí que la conoció ¿eh Gaspar?

-Sí, ¿a María? Claro que la conocí. Y se parece un poco a ella cuando era joven esta niña ¿eh?

-Si- (me hace muchas gracia como alargan la afirmación, dándole todavía más contundencia)- de siempre lo hemos dicho, ya desde pequeñita. Bueno, voy a preparar el cafetito, ¿os parece?

-Ves, ves, que Tinita me ayudará a sentarme ¿eh?

-Sí, por supuesto.- Le ayudo a sentarse en uno de los sillones y yo me acomodo en el sofá junto a él. El reloj de la estantería da las cinco y el sol entra por la ventana de mi derecha calentándome la espalda; no me molesta, las cortinas de ganchillo no dejan que entre con toda su fuerza en la habitación y además en el techo hay un ventilador encendido. Estoy a gusto, como si toda la casa prolongase el abrazo de mi tío y me diera la bienvenida.

-Sebastián está muy contento de que hayas venido. Sabes que ha estado de pesado desde que habló con tu hermana, ¡y menos mal que solo ha pasado un día! Porque si no me vuelve loco ¡eh! No, no son bromas, que no ves que él está acostumbrado a estar en la finca con las ovejas y los animales y aquí está como enjaulado, ¿sabes lo que te quiero decir? Y cuando le dijeron que venias, esta novedad, no sabes lo que ha sido para él después de tantos años.

-Yo también estoy muy contenta de volver a verlo, ya era hora. La verdad es que también me sorprendí mucho cuando me enteré de que estaba en Palma, de hecho yo tenía planificado ir a verlo a Salinas, porque nunca me imaginé que el tío Sebastián resistiera la vida de ciudad.

-¿Él? ¡caaaaaa! Si ha venido por ayudarme, porque se enteró que tuve el accidente y me vino a ayudar, y yo, la verdad es que le estoy muy agradecido, porque ya me dirás que hago yo sólo para manejarme con esta pierna, ¡no las tenía todas conmigo! No, no, se ha portado muy bien, muy bien Sebastián.

-Hoy como teníamos visitas hemos hecho un extra.- mi tío entra en la salita con una bandeja, tres cafés, una pequeña jarra con leche y tres ensaimadas pequeñas.- del mejor horno de Palma, a ver si te gusta, de pequeña te encantaban las ensaimadas.

-Y me siguen encantando, ¡que bueno! Muchas gracias tío.

-Nosotros somos muy golosos también, pero últimamente cuidamos la línea, porque no hay que perder la figura.- hace una pose, como si fuera una modelo, para escenificar la broma y Gaspar y él se echan a reír; también yo río, mas por lo contagioso de las carcajadas atronadoras del tío Sebastián que por la gracia que acaba de hacer.

Me hablan de su infancia con el abuelo, de las travesuras que solían hacer y de cómo conoció a la abuela y lo enamorado que estaba de ella. Por unas horas los abuelos han estado más vivos que nunca.

Me despido de "los tios" cargada de energías; Sopla un viento cálido y la gente empieza a salir de sus casas para disfrutar del fresco y tomar una copa; me siento bien; tendré que adelantar la visita al pueblo, porque se van pronto y me he ofrecido a ayudarlos en el traslado.

## **FRENTE A VUESTRA TUMBA**

Hace unos días vi a vuestra nieta, ¡hacia mucho tiempo! Ahora ya es una mujer; me recuerda mucho a su madre físicamente, pero tiene algunos gestos y maneras que revelan que es tu nieta, María. Parece que se ha convertido en una buena chica, pero le ha tocado sufrir muy pronto y creo que ahora ha decidido superarlo, ya que no estáis vosotros, intentaré ayudarla yo, si me lo permitís; ya sabéis que yo sé bien lo que es el dolor del corazón. Me gustaría poder escuchar lo que debéis estar pensando, no nos podíamos imaginar ni en mil años esta situación, Gaspar y yo viviendo juntos de nuevo y vuestra nieta aquí con nosotros. Creo que llegará uno de estos días, se le ha metido en la cabeza que quiere dejar la casa tal y como estaba cuando ella era pequeña y venía a veranear con vosotros y ya sabéis que vuestra hija se llevó todos los muebles buenos a Palma porque decía que con la humedad del pueblo se iban a dejar perder porque no pensaban venir en mucho tiempo. Fue horrible ver como sacaban todas vuestras cosas de la casa. De pronto vosotros, mi familia, ya no estabais y cada vez que pasaba por la puerta cerrada se me volvía a romper el corazón. Me ha hecho ilusión que Tinita quiera recuperaros en cierta forma y creo que el ajetreo del trabajo en la casa le irá bien. Nos irá bien a todos. Aquí os dejo unas flores, hoy me parecen más alegres, tienen más de esperanza, una parte de vosotros vuelve a mi vida y no sabéis lo contento que me hace.

## LA CASA DEL PUEBLO

Creo que la tarea que me he propuesto va a resultar mucho más complicada de lo que parecía. Los años han hecho estragos en la casa. Menos mal que tengo la ayuda del tío Sebastián y de Gaspar que viven puerta con puerta. Estas primeras noches he dormido en su casa, había muchas humedades y algunas cosillas que solucionar antes de ponerme manos a la obra y estos días me los han arreglado. No hay como conocer a la gente del pueblo como para que las cosas vayan rápido y mi tío por lo visto conoce a mucha gente, así que ha sido fácil.

Es increíble la cantidad de muebles que hay en la casa, a pesar de que mi madre se llevó los más buenos a Palma, todavía quedaron muchas cosas aquí, es una casa muy grande. Decido empezar por el piso de arriba que ya tiene una cama montada, a ver si me puedo instalar ya esta noche. Lo que parecía una tarea sencilla, apenas dos habitaciones y un rellano gigante y con dos aparadores antiguos como únicos muebles, me ha llevado todo el día. No solo he lidiado con el polvo acumulado durante años y las arañas que se habían hecho con la casa, sino también con todos los trastos acumulados en armarios y cajones y con el reto más difícil, deshacerme del viejo colchón de lana; pesaba una tonelada, la tarea de arrastrarlo hasta la escalera me ha costado un mundo, más cuando Bruno en lugar de ayudarme ha decidido que era el sitio ideal para echar un sueñecito. Como no me veía capaz de arrastrarlo escaleras abajo, he decidido hacer un rodillo y lanzarlo, pero se ha quedado atravesado hacia la mitad de la escalera y he tenido que trepar por encima del colchón para conseguir acabar de bajarlo, he tenido tentaciones de abandonar el trabajo en ese punto, pero me hace ilusión trasladarme lo antes posible, así que he seguido; un poco de mopa por aquí, fregona por allá, aceitar los muebles por aquí, reorganizar trastos por allá; en los armarios y cajones he encontrado un sinfín de recuerdos: ropa de los abuelos, increíblemente bien conservada, ropita de bebé, seguramente de mi madre y algunas cosas de mi hermana y mías, juguetes, cortinas... lo he vuelto a guardar todo junto en un armario para hacerme espacio en la habitación; pero lo mejor de todo ha sido encontrar un par de cartas que mi abuelo debió escribir a mi abuela cuando eran jóvenes; no me he parado a leerlas con detenimiento porque quería acabar, pero las he guardado en la mesilla de noche, después de la ducha toca lectura; abuelos, me dais la bienvenida con palabras de amor.

*"Querida María mía, aún a riesgo de parecerme indiscreto, me atrevo a mandarte esta carta con la intención de que te acuerdes de mí, al menos una pizca, pues yo no hago otra cosa que recordarte. La mala suerte ha querido que nada más conocernos hayamos tenido que separarnos, pero puedes estar segura de que en cuanto termine la instrucción continuarán nuestros paseos y charlas con las que yo tanto disfrutaba, siempre que tú quieras, claro está; por eso te pido que me esperes y no miento si te digo que de entre todos los aspirantes a pretender tu corazón, ninguno te querrá tan sinceramente como este que te escribe; sí Marieta mía, desde esta lejanía impuesta me atrevo a decirte lo que no osaría decir mirándote a los ojos, no por falta de sinceridad sino por cobardía, porque cuando me miras, hasta el aliento me falta y parece que las palabras escapan a mi voluntad; me atrevo a decirte pues que te quiero y que espero que algún día puedas tu decir lo mismo de mí, pues nada me haría más feliz en este mundo.*

*Aunque te escribiré cada día no estoy seguro de cuándo podré hacerte llegar las*

*cartas, no desesperes, que la instrucción durará solo dos meses y entonces ya volveremos a vernos como siempre; mientras tanto veré tu carita en cada nube y los rizos de tu pelo en cada ola y en cada visión renovaré el amor que te tengo.  
Hasta muy pronto, tu enamorado: Julián."*

## PONIÉNDONOS AL DIA

¡Caramba con vuestra nieta! Definitivamente está dispuesta a ponerlo todo patas arriba; tendríais que haber visto como llegó, con qué energía y qué entusiasmo, hasta los ojos se le han llenado de vida desde que la vi en Palma. Llegó con un camión repleto de muebles, lo trajo todo, vamos, no creo que haya dejado nada en Palma de lo que inicialmente estaba aquí, porque en el camión no cabían más cosas. El camión lo conducía el de la empresa de mudanzas y lo aparcó en la calle principal porque llegó antes que ella; ya os podéis imaginar el revuelo, ya lo sabe todo el pueblo, la primera fue "María Siulera" ya la conocéis, sigue pasando la mayor parte del tiempo en la calle, de una casa a otra y enterándose de todo, aunque he de decir que se alegró mucho de la vuelta de Tinita; al fin y al cabo en aquella calle somos todos como familia. Pues eso, que después de María fueron pasando por casa todos los demás, para asegurarse de que era verdad que teníamos nueva vecina y que la casa de "los feos" volvería a abrirse de nuevo. ¡Que apodo el vuestro! Tinita se quedó de piedra cuando "Francisca Bifa" le preguntó si era de casa de "los feos", creía que la estaban insultando a la pobre, hasta que le expliqué que era el apodo que le daban a su bisabuelo por su manera de jugar a las cartas; pensaba que se acordaría, porque cuando era pequeña se lo explicamos muchas veces, pero no le debió quedar muy claro entonces, porque no se acordaba para nada.

Sacaron todos los muebles del camión y los dejaron en el corral; lo ideal hubiera sido que los dejaran ya en su sitio, pero como falta limpiar Tinita no quiso, prefirió que los dejaran abajo, eso sí, en la parte cubierta. ¡Ay Julián! ¡Que recuerdos! La caja que te regalaron tus padres por la boda, la mesa aquella en la que comimos tantas veces los cuatro con mi Catalina; los balancines, lo ha traído todo. La vida no deja de sorprendernos, ni siquiera a nuestra edad, cuando menos lo esperaba parece que vuelve a juntarnos, solo falta vuestra Marieta y la hermana de Tinita, ¡ay si pudieran venir algún fin de semana, haríamos una fiesta grande! Pero de momento lo importante es Tinita, que se recupere y que la alegría en sus ojos no sea una noticia sino una cosa corriente, ya os iré contando. Por lo demás casi todo igual, ya tenéis por allá a "Sebastián pobell", el hijo de "María freda", el otro día se empezó a encontrar mal, acababa de llegar del huerto y como estaba un poco mareado se sacó una silla a la calle para tomar un poco el fresco y allí lo encontraron; los vecinos que pasaban pensaban que se había quedado traspuesto, hasta que intentaron despertarlo, algo del corazón. La verdad es que me pareció una muerte muy dulce, debió alejarse lentamente de la vida, mientras la vida del pueblo donde siempre había vivido continuaba girando a su alrededor; espero que cuando me llegue la hora de reunirme con vosotros y con mi Catalina, yo tenga tanta suerte como él. Bueno, y cambiando de tema, las cosas en la casa con Gaspar van muy bien, más de lo que podía pensarme en un principio; yo paso casi toda la mañana con las ovejas y el huerto y él se encarga más de la casa y hace la comida, muy bien, por cierto, tanto ir de aquí para allá por el mundo, le ha servido al menos para aprender a cocinar ¡ay!;y qué le vamos a hacer, más que reírnos de nuestras penas! Bueno, nos vemos mañana, voy a hablar un rato con Catalina, adiós amigos.

## SORPRESAS

No puedo dormir. Odio tener insomnio, la cabeza demasiado pesada como para realizar cualquier actividad que no sea petrificar cuerpo y alma frente a la pantalla, pero lo suficientemente despierta como para que toda clase de pensamientos y recuerdos te encuentren indefensa ante las emociones que suscita; normalmente opto por la primera opción, pero ya que aquí no tengo tele o por lo menos una que funcione, prefiero dar un paseo por el patio; hay luna llena y quizás un poco de brisa fresca me relaje.

Cuando éramos pequeñas y no podíamos dormir, asaltábamos la cama de los abuelos y nos contaban rondallas; se turnaban y siempre contaban las mismas, de manera que nos las sabíamos de memoria, pero nos encantaba oírlas de su voz. Me vendría bien una esta noche. La melancolía me ronda, pero Bruno se encarga de espantarla, me sigue por la casa tan dormido que se acaba de dar un trompazo con la pata de una silla; de pronto me encuentro riendo sola a oscuras y la situación me provoca más risa todavía; por supuesto a Bruno no le ha hecho ninguna gracia y me mira con su carita somnolienta mientras estornuda por el golpe.

Nada más abrir la puerta que da al patio, un airecillo salado me atrapa; quizás debería haber dejado abiertas estas puertas para que pasara la corriente, de hecho los abuelos lo hacían, pero eso de vivir en la ciudad hace que no te sientas segura hasta que compruebas que todas las entradas están cerradas.

La noche aquí cambia de voz, ni un solo ruido propio de la civilización, sólo naturaleza, y ¡me resulta tan silenciosa y tan vibrante a la vez! Es necesario cerrar los ojos, y si te concentras, el silencio empieza llenarse de pequeños ruiditos, de vida que fluye discretamente pero sin vacilaciones, en medio de la oscuridad.

Siento la vida a mi alrededor, pero cuando he abierto los ojos no esperaba encontrarme con este tipo de vida, ¡hay alguien sentado en mi tejado! En realidad no es el tejado, es una terracita entre las tejas que hace las veces de techumbre para una parte del patio y a la que se accede a través de una de las habitaciones de arriba. No me ha visto, esta fumando y parece recostado en una especie de sillita de playa de esas bajas que se utilizan para tomar el sol. Creo que está observando las estrellas y por un momento pienso dejarlo tranquilo, pero por otro lado, ¡ahora sí que no podré dormir sabiendo que hay un extraño a pocos metros de mi cama! Por el hecho de estar en un pueblecito tampoco que confiarse tanto.

Entro de nuevo en la casa y la indignación va aumentando a medida que subo las escaleras; en el primer peldaño despierta toda la rabia que había conseguido dominar hasta ahora y despierta violenta, dispuesta llevarse por delante a quien sea; quizás porque ha llegado el momento de deshacerse de ella, quizás porque puedo permitirme lujo de descargarla sobre un desconocido cuya reacción no me importa ni me hiere, y que tampoco se sentirá herido por las palabras de una extraña. Siento como la sangre se acumula en mi cara mientras abro la puerta de la terraza y Bruno al notar una presencia extraña empieza a ladrar tan indignado como yo.

Bruno sigue ladrando, lo que me da la excusa perfecta para chillar un poco más alto de lo que la situación se merece, así que no le doy tregua y empiezo a descargar mi recién estrenada furia contra él; en un momento que aprovecho para respirar me desmonta por completo porque en lugar de contraatacar, se disculpa muy educadamente:

-Tranquila, tienes toda la razón, no tengo ningún derecho a irrumpir en una casa ajena de este modo, no tengo disculpa posible, ahora mismo recojo todo y me voy, de verdad

que lo siento.

El pobre chico está más asustado que yo, usa movimientos muy lentos y me enseña las palmas de las manos abiertas, como si estuviera delante de un animal peligroso del que temiera una reacción violenta, y la rabia, si es que ha quedado algo dentro de mí, desaparece.

-Creo que yo también debo pedirte disculpas, la verdad es que no estoy en mi mejor momento y tú has pagado el pato, es que me he asustado un poco al ver a un extraño en mi tejado.

-Me llamo Esteban, por si te tranquiliza un poco, soy el veterinario del pueblo y tu vecino de al lado; me gusta la astronomía y desde mi balcón no tengo tan buena visión, como me dijeron que hacía años que nadie venía por aquí, supuse que no importaba si me pasaba por aquí alguna noche.

-Sí, hace unos diez años que no pisamos la casa, de hecho, puedes seguir viniendo, no me importa.

- Si quieres puedes quedarte conmigo, bueno, Podéis,-dice mientras acaricia a Bruno que lleva un rato olfateando su pantalón- tengo silla (otra sillita de playa que usaba para apoyar los pies) y cervezas.-No me había fijado que tenía una pequeña neverita también de playa, junto a la silla y un paquete de tabaco y unos prismáticos encima; me siento y acepto la cerveza que me ofrece-¿sería demasiado pedirte tabaco?

-Todo tuyo, tu pones la terraza y yo el resto.

Me recuesto en la silla de playa que me resulta asombrosamente cómoda y disfruto del cigarrillo, es cierto que hay una buena vista desde aquí. Ninguno de los dos hace esfuerzos por iniciar una conversación, permanecemos callados y lo agradezco, me gusta sentir a alguien cerca y no me incomoda el silencio; el también debe tener cosas en qué pensar.

A las 9:00 de la mañana alguien llama a la puerta, he dormido bastante poco, eran las tres de la madrugada cuando dejé el tejado, así que una mañana más me levanto de mal humor, por lo visto se está volviendo crónico, tengo mal despertar y no creo que tenga solución. No sé quien me está llamando, seguro que es una tontería porque en el pueblo ya no me conoce casi nadie, pero prefiero abrir la puerta a quien quiera que se haya equivocado y seguir durmiendo, porque entre la puerta y los ladridos de Bruno es imposible conseguirlo.

Resulta que es Esteban, casi me da la risa, ¿este chico tiene la habilidad de irritarme profundamente sin siquiera pretenderlo! Quiere llevarme a visitar unas calitas cercanas para compensarme por el susto de ayer; al principio pienso en poner una excusa, no me apetece especialmente pasar el día con un desconocido, pero a pesar de todo, me sorprende tanta amabilidad y corrección en el trato hoy el día y no me gustaría ofenderlo.

Emprendemos el camino en silencio de nuevo; aunque el coche tiene aire acondicionado vamos con las ventanillas abiertas, es agradable la brisa de la mañana, todavía no resulta pesada la sensación de humedad incluso me gusta el cosquilleo de los rayos del sol.

Nos adentramos en un laberinto de caminos estrechos delimitados por paredes de piedra de poca altura que dejan ver los almendros deshojados y algún que otro molino; aparcamos en una zona en que empiezan a proliferar los chalets de arquitectura típicamente isleña, con persianas verdes y piedra de Santañí y grandes porches que dan al jardín en el que no faltan las palmeras. El mar no se ve por ninguna parte.

-¿Ya hemos llegado?

-Sí, ahora hay que ir andando, pero está cerca.

Empezamos a caminar, Esteban coge una bolsa y Bruno nos sigue con el hueso-golosina que él tenía preparado; a unos pocos metros y después de bajar una escalera de peldaños estrechísimos y con una barandilla consistente en una cuerda,

encontramos por fin la cala y con el descubrimiento me alegro de haber aceptado la invitación. Parece un rincón sacado del típico anuncio veraniego de cervezas: agua cristalina, rocas, unas casitas de pescadores al fondo, una barca medio abandonada que le da encanto al lugar y ¡unas seis personas en total sin contarnos a nosotros!

Para llegar hasta la discreta zona de arena, hay que sortear algunas rocas y Esteban no duda en coger a Bruno en brazos mientras yo me agarro a un matorral con el fin de no bajar rodando hasta la playa. Extendemos las toallas junto a los restos de la barca y Bruno empieza a explorar.

-¡Ha merecido la pena! ¡Es precioso! qué raro que no la conociera, porque está bastante cerca del pueblo, pero mis abuelos solían llevarme al Carbón, ¿la conoces?

-¡Si, como no! No me extraña que siempre fuerais allí, es preciosa y los del pueblo no van a otro sitio. Cuando me instalé en la isla fue la primera playa que visité, después fui descubriendo otras muchas, pero S'Almonia es mi preferida, no sé si serán las rocas o lo recóndito del lugar, pero me encanta. Me alegro que te guste. ¿Y cómo has tardado tanto en volver a la isla?

-Mi hermana y yo veníamos todos los veranos a casa de mis abuelos, pero dejamos de hacerlo cuando murieron; mi madre se encargó de que la casa se mantuviera en condiciones pero tampoco ha sido capaz de volver y por supuesto, tampoco de venderla.

-Y ¿cómo está resultando la vuelta?

-Es una sensación extraña después de tanto tiempo, pero me hace bien, aquí los siento más cerca y los recuerdos de los buenos momentos parecen más reales. ¿Y tú? ¿Que es lo que te ha traído a Mallorca?

-Mi padre es alemán- se ríe- esa ya sería razón suficiente, pero no es todo, es diplomático retirado, mi madre es argentina y pasaron aquí la luna de miel, cuando se jubilaron se compraron una casita y a los pocos años decidí seguirles, aquí se vive muy bien, ¿sabes? - y vuelve a reírse con un vozarrón que retumba en las rocas y llena la playa.

Es más divertido de lo pensaba, tiene un sentido del humor peculiar, supongo que por la extraña mezcla de culturas de sus padres, la verdad es que hacía tiempo que no me reía tan a gusto. Hace gala de una excesiva cortesía, pero después es tan abierto y desinhibido que rompe los esquemas; me he divertido mucho con algunas de las anécdotas de sus primeros meses en la isla.

De camino a casa suena una cantante indie, no sé exactamente quién es, pero ya la había escuchado antes; avanzamos callados, solo la música y los ronquidos de Bruno, que se ha quedado dormido en el asiento de atrás, ocupan ahora el coche. Una voz delgada y tierna de mujer nos anestesia y Esteban y yo claudicamos ante la serenidad de los almendros que contemplan nuestro paso; la sal que ha quedado adherida a nuestra piel se desprende ahora con la brisa y flota junto a nuestras conciencias entre las notas de la guitarra, suspendida la realidad en un abrazo anaranjado y húmedo que podría durar eternamente.

## ESTEBAN

Cuando noto el roce de su piel mi boca deja escapar un gemido involuntario y solo entonces soy consciente de cuánto tiempo hace que nadie me toca. Me alejé de la gente, y casi inconscientemente de cualquier contacto físico, por trivial e inocente que fuera; incluso estando todavía con Víctor, sentía el frío, la punzada de una piel muda, ansiosa de un placer que siempre resultaba insuficiente porque vaciaba, porque no significaba nada.

Las doce, no estaba segura de si estaría ahí y todavía menos de si era conveniente volver al tejado, pero me lo había pasado tan bien en la playa que decidí hacer lo que me apetecía y me apetecía mucho su compañía. Quería charlar y seguir pasándolo bien. En el fondo sentía que Esteban me devolvía la libertad de aquellas noches de fiesta antes de Víctor, el cosquilleo del poder cuando un hombre te mira con deseo, el juego de nuevo, todo aquello que había perdido hacia ya demasiado tiempo.

Cuando he llegado tenía ya todo preparado: las sillas, la neverita, los prismáticos, incluso había traído un almohadón para Bruno.

-¡Hola vecina! Tenía la esperanza de que me hicieras una visita.

-¡Pues aquí estoy! Pero esta vez traigo una bebida acorde con la ocasión, te gusta el vino, ¿verdad?

-¡Pues claro! Solo soy medio alemán, la otra mitad puede disfrutar de otra bebida que no sea cerveza.

Brindamos y Esteban vuelve a esconderse en sus pensamientos; tiene una gran capacidad para desaparecer; fija la mirada en el horizonte y se esfuma. A veces son solo algunos segundos, pero vuelve con la mirada cansada de quien ha recorrido demasiadas veces el mismo camino; casi puedo ver el momento exacto en el que me deja en la terraza con su cuerpo vacío, que parece perder algo de color sin su alma. Le dejo escapar y lidiar su batalla pendiente con quien quiera que se encuentre en su horizonte y me permito mirarle, le examinó sin pudor, con la libertad del voyeur que se sabe a cubierto, apreciando detalles que habían pasado inadvertidos, como la armoniosa combinación de sus mandíbulas marcadas y la melena que algún día fue rubia y que pone un contrapunto de dulzura a unos rasgos tan masculinos, o los lóbulos de las orejas, llevados a su mínima expresión, o sus labios; de hecho ya me había fijado en su boca, es solo que hasta ese momento era solo una boca mas y ahora ...Víctor cruza fugaz mi pensamiento y decido acabar con mi actividad contemplativa.

-¿Siempre eres tan callado?

-No, no siempre.- me contesta con una sonrisa que borra toda la melancolía, convirtiéndolo en un Esteban nuevo, no diferente, sino nuevo, sin los desconchones y el desteñido que provoca necesariamente la experiencia, nuevo, con la ilusión y la inocencia intactas.-perdona, es que yo también estoy en un momento extraño, algo así dijiste tú para disculpar la bronca de la otra noche ¿no?

-Bueno, tampoco fue para tanto, una ligera regañina en todo caso... (Ahora me da vergüenza haber explotado delante suyo, no sé cómo no se fue corriendo el pobre); apuro la copa de vino.

-De todas formas brindo por los encuentros en el tejado

-yo también.

-Si me meto donde no me llaman dímelo, pero ¿puedo preguntarte por qué dices que estas pasando una mala racha?

Otro sorbito de vino; lo saboreo bien, lo hubiera saboreado toda la noche si eso significará un instante mas en compañía de alguien que no sabe nada de Víctor; sin justificaciones, ni compasión, sin vergüenza.

-Si te molesta el tema...

Mi silencio debe de haber sido demasiado largo.- No, no pasa nada, es solo que el año pasado iba a casarme y en el último momento el novio decidió que no estaba lo suficientemente enamorado; fue duro.

-Ahora entiendo tu vuelta a la isla, un poco de aire fresco ¿no?

-Si, se podría decir así.

-Lo que no entiendo es cómo tardaste tanto en cambiar de aires, ¡yo tuve un desengaño amoroso y me cambie de país!

-No mientas, me dijiste que viniste por tus padres

-Bueno, ahora que ya nos conocemos mas te puedo contar la verdad (se ríe, me río), mis padres tuvieron mucho que ver, pero el detonante fue la ruptura con mi novia.

-¿qué pasó?

-Se llamaba Yurguen y solía ser mi mejor amigo, eso pasó; unos meses después mis padres decidieron venir a vivir aquí y el resto ya lo sabes.

-Dejémonos de penas, ¡brindemos por nosotros y por lo bueno que está por llegar!

-Por nosotros

Las copas chocan y suenan como esas campanas budistas que evitan que la meditación se convierta en sueño, solo que en esta ocasión el tintineo señala el principio del estado onírico. Nos miramos mientras el vino humedece nuestros labios, mientras inunda la bocas, mientras se desliza por nuestra garganta, nos miramos tan de cerca que no vemos más allá de lo que ocurrirá si nos dejamos llevar; Esteban acaricia mi mejilla con la parte externa de la mano, huele a perfume; mi cuerpo emite un gemido involuntario y entonces me doy cuenta de cuánto hace que nadie me toca y de que ya me he abandonado al tacto de otra piel, de su piel, y me gusta.

Pasa su mano lentamente por detrás de mi pelo y agarra muy suavemente la nuca y entonces empieza a recortar los milímetros que nos separan en una tortura lenta, quizás para darme tiempo a echarme atrás, ¡pero por Dios, no me dejes pensar ahora, bésame ya! Estamos tan cerca que siento el calor de su aliento en mis labios, me mira a los ojos todavía indeciso, ahora ya no sé si por él o por mí, pero no me deja seguir analizándolo, se hunde de lleno en mi boca, dejando atrás, toda indecisión, como el primer chapuzón del verano, te lanzas sin más, sin pensarlo y sin florituras, de golpe y tocando con los pies el suelo de la piscina. Saboreo el vino en sus labios, son suaves y finos y su lengua se enreda rabiosa contra la mía, como si los dos hubiéramos estado mucho tiempo esperando aquello. Me atrae contra su cuerpo y me doy cuenta de que es mucho más alto y fuerte de lo que ya me había parecido en un principio; como no llevo tacones, tiene que inclinarse un poco hacia delante para besarme y me aprieta la cintura contra él. El beso se va volviendo más suave poco a poco, más dulce, estoy plácidamente atrapada entre sus brazos. No puedo pensar ahora, ¿realmente quiero esto con un casi desconocido?, no es que yo haya sido muy mojigata nunca con el sexo, pero es que no es un aquí te pillo aquí te mato y desaparezco, Esteban me cae muy bien, me gusta y es mi vecino, no va a desaparecer, es muy complicado...

Se aparta de mis labios y sigue besándome el cuello con las manos entrelazadas por detrás de mi cintura. Me mira de pronto con una sonrisa resplandeciente y algo traviesa:

-No sé que me ha pasado, no he podido resistirme

Me quedo en blanco, de cien a cero en un instante, ¡pero qué autocontrol! en el fondo no esperaba que esto fuera a acabar así, ¡ está claro que con este hombre no gano para sorpresas! Me relajo al instante, recordando el increíble beso y empiezo a carcajearme. Esteban no me suelta, me mira con cara de sorpresa:

-Como sigas riéndote me voy a ofender, ¿tan malo ha sido? a mi me parecía que te gustaba...

-No claro, me ha encantado, es solo risa nerviosa, yo tampoco he podido contenerme. Será mejor que lo dejemos aquí ¿no?

-Lo dejamos aquí por hoy pero no podemos desperdiciar este vino, sentémonos, ¡la noche es joven! Me coge de la mano y me señala la silla para que me siente.

-Sabes que no vas a querer irte nunca de este paraíso, ¿verdad?

## SECRETOS

He entrado en la casa por la parte de atrás, si hay gente dentro, la puerta está siempre abierta. Hay un pequeño corral lleno de plantas y arbolillos, allí tienen la leña cortada y aprovechan para tender la ropa. He percibido el olor a comida nada más traspasar el umbral y me imaginaba que Gaspar estaría cocinando, pero al cruzar la cortinilla de aluminio que da paso del corral a la cocina me he encontrado con Micaela; la tía Micaela está presente en todos mis recuerdos de la infancia, si bien su presencia no era tan constante como la del tío Sebastián, si recuerdo jugar con ella y con mi hermana muchas noches "a la fresca". Mis abuelos y los tíos sacaban las sillas a la acera delante de las casas y allí hacían la sobremesa después de cenar, aprovechando que hacía mas fresquito allá fuera que dentro. Algunos vecinos paseaban y todos se iban saludando y contándose lo último del día. Curiosamente nunca he tenido muy clara la relación familiar que le une a ninguno de nosotros, estoy casi segura que es hermana de Sebastián, pero no podría afirmarlo.

Está prácticamente igual, el tiempo solo le ha dejado algunas arruguillas alrededor de la boca y alguna que otra cana, pero no las suficientes todavía como para que haya visto necesario teñirse el pelo. Es una mujer pequeñita, bajita y muy delgada, no ha engordado nada tampoco; mi abuela solía decir que los nervios se la comían y a juzgar por cómo se mueve en la cocina, eso debe seguir siendo así. El mismo pelo corto y moreno de siempre y el mismo estilo de ropa; lleva una falda azul turquesa hasta la rodilla y un jersey de punto beige de manga corta, con unas alpargatas también del color del jersey.

-¡Hola! ¡Que sorpresa! No me habían dicho que llegarías tan pronto

-¡Ah Tinita! ¡Que alegría!- se acerca a darme dos besos con el cucharón de madera en la mano y va dejando gotas de caldo por toda la cocina.- pues mi ahijada ya se ha puesto mejor y he decidido volver, ya era mucho tiempo fuera y estos hombres sin una mujer que les vigile...¡ya me contarás!- ha vuelto a la olla y remueve el contenido con vigor mientras sigue hablándome- siéntate, Sebastián estará a punto de llegar, estoy haciendo sopas, te quedarás a comer ¿verdad?

-Pues si no os importa sí me quedaré, hace siglos que no como sopas mallorquinas y me encantan, además huelen de maravilla. ¿Hoy Gaspar te ha dejado cocinar?

-Ese... sí, no está mucho por aquí cuando yo vengo.

Me extraña un poco esa respuesta, y aunque me pica infinitamente la curiosidad, no quiero ser maleducada, ya le preguntaré mas tarde a Sebastián. Mientras Micaela sigue enfrascada en la elaboración del guiso me entretengo repasando la pintoresca habitación. ¡Es que el tiempo no ha pasado ni para la decoración de la casa!

La poca luz que entra en la cocina lo hace a través de la puerta que da al corral que queda a la espalda de quien cocina y a través de una ventanita que hay justo delante del fregadero que esta junto a los fogones; aun así Micaela ha necesitado luz artificial, que viene de una bombilla oculta en una caracola marina que hay colgada en la pared. Sobre los muebles de la cocina, una colección de botellas raras ha sobrevivido décadas en el mismo lugar y la tele descansa sobre la misma máquina de coser, eso sí, es otra tele. Yo, sentada en un balancín en la mesa camilla, me pierdo sin poder evitarlo, en los momentos vividos allí, mientras el ruido del ventilador me hipnotiza.

Micaela tenía razón y a los diez minutos más o menos, ha llegado Sebastián; no me ha dado ni dos besos, me ha saludado desde la puerta y se ha ido directo a la ducha;

venía todo acalorado de cuidar el huerto.

Hemos comido los tres solos y yo he evitado a propósito mencionar a Gaspar. Sebastián, por su parte sí me ha mencionado a Esteban, ya se había enterado de nuestro encuentro nocturno, porque lo ha necesitado para una consulta con una oveja y nuestro vecino veterinario le ha puesto al corriente; por lo visto se llevan muy bien, aunque me ha reconfortado comprobar que no hay tanta confianza como para ponerle al corriente de "todo" lo sucedido. De todas formas no me ha gustado que Esteban irrumpiese de pronto en la conversación; he venido aquí para no pensar, para disfrutar de estar en familia y no puedo permitirme darle vueltas a la cabeza por una tontería que seguramente se olvide si dejamos pasar algo de tiempo y ponemos distancia.

Después de los cafés y de escuchar algunas anécdotas sobre los abuelos, Micaela se ha ido a "estirar" un rato a su casa, porque si algo que por lo visto no perdona es la siesta. Cuando por fin nos hemos quedado solos, he aprovechado para preguntarle a Sebastián por su primo:

-Tío, ¿Cómo es que no ha venido Gaspar? ¿No se lleva muy bien con Micaela, verdad?

-Eso... ¡sabes que es de difícil cuando es cosa de hermanos! ¡hermanos! Nunca lo hubiera imaginado) ¡han pasado mucho estos dos! Y ha estas edades ya... Pero bueno, mantienen las formas; otro día que tengamos tiempo ya te contaré un poco de qué va todo esto, pero ahora no, porque no tardará en llegar Gaspar y no me gustaría que nos encontrase hablando de esto, ¿me entiendes?

Pues claro que lo entiendo, quien mejor que yo puede entender que hay cosas en la vida que cada uno afronta cuando y como quiere y no es agradable escuchar cuchicheos cada dos por tres. Me encantaría saber qué está pasando, porque si bien ya intuía que algo raro rodeaba a Gaspar, Micaela acaba de confirmármelo hoy; ¡su hermana! ¿Qué habrá pasado entre ellos?

Yo siempre me he llevado bien con mi hermana; bueno, con los imprescindibles tirones de coleta de la infancia, entendámonos, pero siempre hemos sido un equipo; quizás fue supervivencia, mis padres eran figuras un tanto abstractas, vivían para el trabajo y les encantaba vivir de ese modo, así que nosotras aprendimos a confiar la una en la otra, a entendernos en el más amplio sentido de la palabra. A veces me pregunto hasta que punto nuestra extravagante situación familiar ha influido en mis decisiones amorosas, pero luego miro a mi hermana, feliz con su marido y sus hijitas y me doy cuenta de que no ha tenido nada que ver; por una vez mis padres no han tenido ninguna culpa, y es que ¡caramba! No la he tenido ni yo; a ver qué culpa voy a tener que a Víctor se le cruzaran los cables y se volviera idiota de repente.

Como hoy hace muy buen día he decidido tomar un poco el sol y relajarme. Necesitaba pensar. Lo único que no me ha acabado de gustar es lo de tener que dejar a Brunito solo en una casa nueva, pero como solo es un rato, estoy decidida a disfrutar de mis merecidos rayos de sol.

Cuando ya estoy acomodada en la toalla me aborda sin previo aviso una mujer a la que yo no conozco de nada, pero que parece conocerme de toda la vida:

-¡Hola Tinita! ¿Cómo estás? ¿Me conoces? ¿Qué sabes quién soy? ¿No te acuerdas de mí? Soy María de ca'n Garrit, ¡era muy amiga de tu abuela yo!

Ante la efusividad de la señora decido seguirle la corriente a pesar de que sigo sin tener ni idea de quien se trata.

-¡Ah! ¡Que alegría verla! ¡Un placer!

-¿Cómo estás? ¿Cómo te va todo? ¿Tus padres?- Parece que tiene tantas preguntas que las va soltando en grupo.

-Bien, todo muy bien, mis padres en Barcelona, he venido yo sola.

-Ah, ¿Qué no piensan venir ellos?

-No ¡Qué va! No tienen ni vacaciones, están muy ocupados.

-¡Ah!, claro, claro...y oye, que me han dicho, ¿Qué Gaspar ha vuelto y está viviendo

con Sebastián?

-Sí, sí, así es.

-¡Esta sí que es buena! ¡No me lo puedo creer! ¡Es que este Sebastián yo no sé si es bueno o si es definitivamente tonto eh!

-¿Por qué lo dice? La verdad es que no estoy entendiendo nada.

-Pues verás, te lo cuento porque todo el mundo lo sabe y vosotros que sois familia... Tu pregúntale a tu madre y verás cómo lo sabe. - Se acerca un poco a mí y empieza a hablar en voz más baja, que digo yo que si ya lo sabe todo el mundo no hace falta que baje la voz, pero en fin, la dejo hacer.-Hace ya muchos años, bueno, ellos debían tener unos veinte, así que haz las cuentas; Gaspar se fugó con la prometida de Sebastián, de un día para otro, así, ¡zas! Se fue con la forastera a la península y nunca más se supo nada de él, ni cuando sus padres murieron; y hace unas semanas se empezó a escuchar que había vuelto, el otro día que lo habían visto en el pueblo, y yo no me lo podía creer, pero si tú me lo confirmas... ¡hay Sant Antoni! ¡Ver para creer! Bueno, te dejo, que no te quiero molestar, ¡ya nos veremos eh! ¡Hasta luego!

La mujer ya ha obtenido toda la información que andaba buscando y se despide así, dejándome con la boca abierta, intentando procesar toda la información que acabo de recibir.

## PERDÓN

*A veces pienso qué hubiera sido de mí, si aquella tarde no me hubiera encontrado con Pep el Fuster, si él no le hubiera ido con el cuento a su mujer, su mujer a mi hermana y mi hermana a ti; hubiera bastado con que mi hermana decidiera no contarte nada, mantenerme fuera, como siempre había estado para ella, al fin y al cabo solo era una niña pequeña cuando me fui.*

*He pasado la vida yendo de un sitio a otro, sintiendo que no pertenecía a ningún lugar ni a nadie; cuando me decidí a volver, me encontré con una ciudad que apenas reconocía, tenía un aire familiar, eso sí, pero tampoco pertenecía a esa Palma que me encontré, y entonces tuve miedo; quizás el pueblo que yo extrañaba había desaparecido también, quizás ya no me quedaba ningún rincón donde sentirme en casa, y aunque todavía hubiera en el pueblo algún descanso para mis viejos huesos, ¿cómo me iba a enfrentar a la gente, a tantos años de cotilleos y habladurías, a años de ausencia? No tuve valor.*

*Antes de la caída solía salir a pasear, a todas horas, me sentaba en un banco del centro y disfrutaba de la gente, del acento que tanto había extrañado y que me tranquilizaba como si fuera un recién nacido acunado por su madre; respiraba el olor a mar, presente en cada rincón de la ciudad; llegaba a mí de la manera más vivida que pudiera imaginar; aunque se tratara del mismo Mediterráneo que nunca he llegado a abandonar, lo sentía más vivo en ese momento, ya en mi roqueta. Después, en el hospital pasaba todo el tiempo tumbado en la cama, pensando... A veces cuando volvía en mí, la luz del sol que entraba a través de las persianas había desaparecido y ya era la luz artificial de las farolas de la calle la que ahora dibujaba rayas sobre mi cara. Repasé mi vida una y otra vez, yo, que siempre procuré estar muy ocupado, y trabajar mucho, trabajar para no pensar, y cuando no trabajaba estaba acompañado, pero nunca pensar; ahora estaba sólo con el tiempo y no podía escapar de los errores cometidos y de sus consecuencias. Los ahorros no me iban a durar toda la vida, pensé en acabar con todo muchas veces, pero siempre había tiempo para eso y siempre me concedía un día más. Llegaste justo a tiempo, cuando los días de concesiones estaban empezando a pesar demasiado. Hubiera entendido que aparecieras para ajustar cuentas, para desahogarte, para echarme a la cara años de rencor, pero no podía esperar que me ofrecieras tu casa sin más, sin preguntas ni reproches;*

*¿Sabes lo que más he echado de menos estos años? Nuestras conversaciones, el olor de la tierra húmeda al salir de nuestras clases nocturnas en casa del cartero, las hierbas dulces y la partida de cartas en el café y el paseo en bicicleta hasta el portal de casa; cada noche la misma rutina y nunca se nos acababa la conversación, ni siquiera en las noches de invierno, sentados en el portal, apurando los últimos minutos mientras nos calentábamos las manos con el aliento. No he vuelto a tener una amistad como la tuya y pensaba que nunca la recuperaría, debería haberte pedido perdón nada más verte entrar por la puerta de la habitación del hospital, por mucho que me pidieras que callara.*

*No puedo olvidar tu cara, te vi viejo, amigo, pero supongo que también tu a mí. Y tampoco olvidaré tus palabras cuando te pregunte que estabas haciendo allí; la angustia y la culpa acumuladas en cincuenta años de vida me hacían difícil articular palabra y tu lo viste: "¿Y que tenía que hacer yo con los viejos que estamos? ¿Dejarte aquí solo? ¡Auuuu venga! Tú te vienes conmigo, ya lo tengo todo organizado..."*

*¿Cómo pudiste borrar tanta ausencia, tantos años de vacío entre nosotros y volver a hablarme como si nos hubiéramos fumado ayer el último cigarrillo juntos? No sé si yo hubiera sido capaz de hacerlo; Primo, tu vida ha debido ser muy distinta de la mía, a ti la vida te ha hecho muy sabio.*

*Yo he cometido muchos errores, he sido muy cobarde; no solo contigo sino con otras muchas personas a lo largo de mi vida. ¿Sabes que tengo un hijo? Él ni siquiera me conoce, cree que su padre es otro, hasta ese punto me he equivocado y me ha costado mucho tiempo asumir mis errores y el daño que había hecho; por eso quiero pedirte ahora perdón, por todo el daño que te causó mi huida y quiero hacerte una petición: volvamos a ser nosotros, a hablar de todo, te contaré mi vida, cuéntame tu la tuya y vivamos lo que nos queda disfrutando lo que se nos perdió por el camino, sintámonos jóvenes de nuevo.*

*Gracias por todo primo, te quiero.*

## DECISIONES

-No te imagino dando clases a un puñado de adolescentes hormonados- Esteban se ríe mientras sorbe los fideos chinos de una cajita de cartón como esas de las películas americanas.

Estamos sentados en cojines en el suelo; hemos improvisado un picnic frente a las puertas del patio; hace mucho calor y este es el sitio más fresco de la casa. Yo acababa de salir de la ducha cuando se ha presentado con la cena y ¿Qué iba a hacer? ¿Echarle? ¡Olía muy bien! Las dos cosas, la cena y él.

-¡No te burles! Era una profe muy enrollada, seguro que me echarán de menos; era como el de "El club de los poetas muertos", pero en mujer.

-¡Entonces te han despedido! ya sabía yo...De excedencia nada.

- ¡Que no! ¡Mira, porque estoy hambrienta, si no te echaba! De hecho todavía me lo estoy pensando, puedo echarte y quedarme el chino todo para mí.

-De eso nada, si quieres comer tendrás que soportar mi compañía.

- Oye, quería comentarte algo que me pasó ayer. Es un poco cotilleo; es que me abordó una señora y me contó un culebrón sobre Sebastián y Gaspar, ¿tú sabes algo de eso?

Toma de nuevo un sorbo de vino y mientras deja de nuevo el vaso en el suelo empieza a contarme.

-Sí, algo he oído, que Gaspar se fue del pueblo con la prometida de Sebastián, ¿no? Aquí las noticias vuelan.

-¿Tú crees que es cierto?

-Por las personas que me han puesto al corriente pienso que sí, y por otra parte casi prefiero que sea así, eso demostraría que hay gente capaz de perdonar de verdad. Imagino que no debe de haber sido fácil para ninguno de los dos...

-Sí, no sé si yo sería capaz de perdonar una cosa así.

-¿Tu? Para empezar yo ¡ni me atrevería a volver a acercarme a ti! ¡Tu le sacarías los ojos por lo menos!- Se ríe y me señala con los palillos haciendo burla hasta que consigue hacerme reír a mi también.

Se hace un silencio incómodo, por la cantidad de cosas que oculta a las que no quiero enfrentarme. Me mantiene la mirada mientras bebe un sorbo de vino y yo intento esconderme en mi copa, pero al levantar la mirada, él sigue ahí.

-Pásame una servilleta, por favor.- ¡Al fin algo de normalidad otra vez, menos mal!

Se la paso y me roza ligeramente las yemas de los dedos al cogerla, un contacto que se traduce en una fuerte sacudida en mi espina dorsal. El se incorpora para sentarse a mi lado.

-Pasado mañana hay una fiesta en la playa; ya he ido algún año y está muy bien; Sebastián y Gaspar también irán. ¿Te apetece ir conmigo?

De verdad no sé cómo actuar en esta situación; no estoy segura de nada en estos momentos y él parece tan seguro, tan cómodo, que me desconcierta.

-Bueno, estaría bien si también van ellos, pero ya te lo confirmaré, no sé si me apetece un atracón de pueblo ahora mismo.

-Vale, no te preocupes, no hay prisa.- Mientras me contesta está jugando con Bruno que no para de traerle el juguete para que se lo lance. No sé cómo lo ha hecho, pero juraría que está todavía más cerca, puedo oler su perfume cuando se mueve para sacar el paquete de tabaco del bolsillo. Me ofrece uno y se lo acepto. De nuevo

silencio; los dos apoyados en la pared saboreamos el silencio de nuestros pensamientos; Esteban vuelve a alejarse, se desvanece como el humo de nuestras bocas arrastrado por el ventilador, mientras yo me pierdo en la expresión de su cara.

-¿Nunca te sientes solo? quiero decir, viviendo aquí, en el pueblo.

-Hasta hace poco te hubiera respondido que para nada; no me costó mucho integrarme y siempre hay cosas que hacer. Últimamente la cosa ha cambiado un poco, a los amigos les dio por casarse y tener hijos, o por salir del país a buscar trabajo y claro... no es lo mismo.

-Sí, a mí me pasa más o menos lo mismo con muchas amigas. ¡Madre mía, pero que calor hace! Recordaba los veranos mucho más llevaderos.

-Eso va a ser la edad...

-Sí hombre, ahora llámame vieja, ¡encima! ¿Alguna vez has hecho una locura tipo pelicularo como irte a la playa a las dos de la mañana o algo así?

-¿Estilo pelicularo? ¡Tu vocabulario es de lo más variado! Pues como te he dicho suele haber fiestas en la playa, pero así improvisado como tú dices, pues no. Debe ser mi parte alemana que me hace ser un poco soso. No hace mucho fui a la playa muy temprano, estaba amaneciendo, a lo mejor cuenta, pero iba solo y no iba precisamente de fiesta; acababa de enterarme de que mi ex se casaba y necesitaba desahogarme; me fui a la playa y me puse a nadar; el agua estaba helada, por cierto, pero lo mejor, esto te va a encantar, es que ¿a que no sabes a quien vi cuando volvía al coche? A tu pareja de abuelos favoritos corriendo como dos adolescentes con el culo al aire, ¡por Dios! ¡Gaspar llevaba una bosa de basura en la pierna! Había querido olvidarlo, pero ¡me acabo de acordar! ¡Menos mal que no me vieron, eso sí es bastante pelicularo ¿no?

-¡Madre mía que cracks! ¡Vamos a brindar por ellos!

-Sí, se lo merecen.

-¿Crees que has superado lo de tu ex?

-Sí, estoy seguro, en cierto modo, el agobio del que te hablo fue una catarsis, un punto y final a la duda que queda, al ¿Y sí? ¿Sabes? ¿Lo has superado tú?

-No lo sé. Tomo una calada pensando en todo y en nada a la vez, sé que no voy a encontrar una respuesta mejor. Noto como unas gotas de sudor me resbalan por la clavícula hasta el escote y como si hubiera estado toda la noche esperándolas, el dedo índice de Esteban las recoge.

-¡Sí que tienes calor! Ven, recógete el pelo- me coge de la mano y acomoda un cojín más cerca del ventilador, después va a la cocina y vuelve con un par de cubitos de hielo en un vaso.- pon las manos así- me coloca las manos con las palmas abiertas sobre los muslos y se sienta detrás de mí con las rodillas abiertas, después empieza a recorrer con un hielo mi nuca y la cara interna de mis brazos hasta las muñecas, luego vuelve a subir hasta el cuello y pasa el hielo por la clavícula. Algunas gotas se pierden dentro del sujetador. No me ha rozado, solo siento el hielo sobre la piel, y como siga así va a necesitar más que tres cubitos para quitarme el calor. ¿Qué estoy haciendo? Estaba segura de que no, que no puede ser no...El hielo baja por mi brazo derecho y siento su aliento, me ataca su perfume y tengo que abrir los ojos; me encuentro con los suyos y no puedo engañarme más; me rindo, apoyo mi frente en su pecho y me rindo, le beso el cuello, mientras él me sostiene la cabeza y me apoya delicadamente en el suelo sin separarse mucho de mí. Sus labios a milímetros de los míos, pero sin rozarnos, mirándonos a los ojos, pero enfrentando cada uno sus propios temores, escondidos entre la promesa del placer inminente y los sinsabores del pasado. La respiración se acelera, su boca casi en la mía, los ojos cerrados ahora; nos besamos y mi cuerpo vuelve a gemir como recriminándole estos días de ausencia.

Me despierta el puñetero gallo del vecino y cuando abro los ojos descubro dos cosas: que Esteban sigue aquí y que el mal humor matutino no era crónico. Unos segundos

más tarde él abre los ojos y farfulla algo que no atino a entender, debe estar soñando todavía; esta muy sexy recién levantado. Vuelve a decir algo.

-¿Qué dices?

-Una aurora sonriente

-¿Qué? ¡Buenos días Esteban! ¡Estás en el planeta tierra y estás diciendo incoherencias!

-No, la frase de Khalil Gibran: "En el corazón de todos los inviernos vive una primavera palpitante y detrás de cada noche viene una aurora sonriente"; yo seré tu aurora sonriente, solo elígeme, sé que nosotros somos esa aurora.

Me habla frotándose los ojos pero mirándome muy fijamente a la vez, con la cabeza todavía en la almohada, como si en sueños le hubiesen revelado una verdad absoluta y yo elijo vivir, le elijo, puede que tenga razón o puede que no, pero me merezco comprobarlo.